



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

ILUSTRACIÓN DE ESTE NÚMERO **Mayra Rojo** (Ciudad de México, 1980). Estudia el doctorado en Historia del Arte. Es maestra en Historia del Arte y licenciada en Artes Visuales. Ha trabajado en producción, docencia e investigación de artes visuales, danza y diseño. Fue seleccionada en el XXX Encuentro de Arte Joven 2010. Ha realizado exposiciones colectivas e individuales en galerías como Acceso B (*Interregnos*, 2010), Galería de la Niña (*Irreversibles*, 2009), Museo de Filatelia (*Artpost*, 2009), entre otras. Presentó la animación *Dromología* en México, Barcelona, Montreal y La Plata (2005-2007). Su trabajo gráfico ha sido publicado en revistas como *Punto de partida*, *Tierra prometida* y *Literal*. Ilustró los libros de investigación y práctica de la danza *Pensamiento y acción: el método Leeder* y *Esquizoanálisis de la creación coreográfica*.

IMAGEN DE PORTADA



Mayra Rojo, *Equilibrios precarios*, intervención urbana en Parque Lira, 2010

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	
La sorprendente historia de Horacio / Ana María Jaramillo	8
Postales desde el fin del mundo / Herson Barona	10
PREMIO DE ENSAYO JOSÉ SARAMAGO PARA ESTUDIANTES	
Para el mago / Alejandro del Castillo Garza	16
José Saramago, un hombre desnudo en las palabras / Alfonso Meza	22
Lo inasible en la escritura de los nombres saramaguianos / Florencia Zubieta	26
Se escribe con X / Daniel Malpica	34
Puentes / Claudina Domingo	36
Involuciones / Víctor Mantilla	39
Icnocuícatl / Gerardo Piña	41
Mantarrayas / Esteban Govea	47
CAZA DE LETRAS / CRÓNICA	
Jarabe contra el acoso, Dos drogas de mi patria / Juan Manuel Granja	58
Guarumbo, Chicas popper / David Espino Vázquez	65
Las puertas de la literatura, Evidencias entre las sombras / Javier González Cárdenas	70
EL RESEÑARIO	
De la familia y del sol... / Víctor Cabrera	76

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles
Rector

María Teresa Uriarte Castañeda
Coordinadora de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 172, marzo-abril 2012
Fundada en 1966

Edición: Carmina Estrada
Redacción: Mariana Hernández
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Martínez Passarge
Imagen de portada: Mayra Rojo
Ilustración de este número: Mayra Rojo
Impresión en offset: Imprenta de Juan Pablos S.A.
2a. cerrada de Belisario Domínguez 19, Col. Del Carmen
Coyoacán, 04100, México, D.F.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.
Tel.: 56 22 62 01
Fax: 56 22 62 43
correo electrónico: puntoenlinea@gmail.com
www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos,
forros en cartulina Loop Antique Vellum Birch de 216 gramos.

Con el ánimo recurrente de apoyar la nueva creación literaria, la Dirección de Literatura de la UNAM convocó, a fines del año pasado, al Premio de ensayo José Saramago, dirigido a estudiantes universitarios de habla hispana. Los textos participantes fueron recibidos a través de nuestra página electrónica y dictaminados por los escritores mexicanos Héctor Perea y Rafael Toriz, y el periodista boliviano Hernán Terrazas. El ensayo ganador, obra de Alejandro del Castillo, de la Universidad Autónoma de Querétaro, sorprende al recrear con maestría el original estilo del Nobel portugués para lograr un análisis puntual al tiempo que lúdico de su obra literaria. El jurado decidió también otorgar dos menciones —a Alfonso Meza, de la UNAM, y a Florencia Zubieta, de la Universidad de la Plata— que publicamos, junto al ensayo ganador, en el *dossier* que da nombre a este número.

Presentamos también, en otro apartado, a los ganadores de Caza de Letras 2011, dedicado en esa ocasión a la crónica. Y si al decir de Juan Villoro, la crónica es literatura bajo presión, lo fue con creces en el concurso-taller impartido en red por los escritores y periodistas José Luis Martínez, J.M. Servín y Santiago Gamboa. Seleccionamos esta vez dos piezas de cada uno de los premiados: Juan Manuel Granja, David Espino Vázquez y Javier González Cárdenas.

Además, el número incluye una serie de colaboraciones de distintos géneros: en el Arbol Genealógico, un entrañable relato de la narradora y poeta colombiana vecindada en México Ana María Jaramillo; en poesía: cuatro muestras de lenguajes y formas variadas, desde la experimentación conceptual hasta el soneto: “Se escribe con X”, de Daniel Malpica; “Postales desde el fin del mundo”, de Herson Barona; “Puentes”, de Claudina Domingo, e “Involuciones”, de Víctor Mantilla. En cuento, Gerardo Piña da voz a Nezahualcóyotl, señor de Tezcoco, en “Icnocuícatl”, y Esteban Govea, en “Mantarrayas”, ubica a su personaje como evidencia del error de una sociedad que aspira al mundo feliz de Huxley. Completa esta edición la reseña de Víctor Cabrera al cuento *Medidas extremas*, de la jalisciense Amelia Suárez Arriaga, obra ganadora del premio Nacional de Cuento Juan José Arreola 2010.

En cuanto a la parte gráfica, reproducimos, en blanco y negro, un portafolio de la artista visual Mayra Rojo que da fe de su versatilidad como creadora. Por un lado, los espléndidos dibujos a tinta que recuerdan sus primeros trabajos como ilustradora de esta revista, años ha, siendo entonces estudiante de la ENAP. Por el otro, el registro fotográfico de instalaciones e intervenciones urbanas, evidencia de su camino en el arte contemporáneo. Nos congratulamos por su regreso a estas páginas e invitamos a nuestros lectores a disfrutar el variado contenido de este número. 📍

Carmina Estrada

La sorprendente historia de Horacio

Ana María Jaramillo

Cuando regresé de Colombia, los amigos de mis hijos me tenían un regalo llamado Horacio. Se trataba de un bello pez naranja de cola de bailarina de unos seis centímetros que metieron en una pequeña fuente de cristal ubicada sobre un baúl en el área del comedor, donde pretendo que crezcan unas ramas de bambú cuñadas con unas piedras rocosas llenas de moho. La sala-comedor es una amplia estancia con un ventanal que da a la calle. Cerca de la pecera está la puerta al balcón, donde ponemos la comida del perro, un shar pei americano llamado Tristán, muy bueno y cariñoso.

Frente al departamento, ubicado en la calle de Ámsterdam, hay un camellón ancho y oscuro, como el Park Way de Bogotá, con árboles y una calzada interior peatonal que casi siempre está llena de recuerdos de perros que todos ignoran. Numerosos pájaros revolotean en las mañanas nuestro balcón tras el agua y la comida de Tristán. Es mi costumbre dejar abierta esta puerta y algunas ventanas; me gusta que circule el aire, que las plantas al interior de la casa se comuniquen con los árboles del exterior. De pronto alguna rama logra abrazar una planta que intenta, desde nuestro balcón, decirle algo. Quién sabe de qué hablan las plantas, pero a mí siempre me informan que necesitan agua o un poco de abono o algún insecticida.

Es tan manso el perro que cuando los pájaros entran a la sala-comedor, él apenas mueve la cola como dándoles la bienvenida y en algunas ocasiones los pajaritos se han estrellado contra los vidrios de las ventanas buscando la salida. Con el tiempo, las aves entran y salen sin problema, sin causar destrozos dentro de la casa, sin dejar huella de su paso: ni una cagadita ni la sombra de sus patas en los forros blancos de los muebles. Me gusta pensar, cuando estas aves entran en mi casa, que son mis tías muertas las que me visitan bajo la forma de pequeñas plumíferas hambrientas, porque ellas tenían la misma costumbre de alimentar pájaros salvajes, pero lo hacían con plátanos maduros que compraban especialmente para ellos.

Tristán ni se inmuta cuando los pájaros hacen su entrada y a ellos no parece importarles si están adentro o afuera, les da igual, como si fuera un mismo ambiente.

Horacio revoloteó contento varios días en su improvisada pecera. Lo compraron un viernes y comió cereal Special K hasta el lunes siguiente, porque aún no iban a la tienda especializada en alimento para peces.

El lunes en la mañana lo observamos detenidamente y nos preocupamos por mantenerlo bien nutrido. Todo marchaba a las mil maravillas en la vida de Horacio. Tristán no dio señales de haber notado su presencia y jamás pensamos que los pájaros interfirieran en la vida de Horacio u Horacio en la vida de los pájaros. Todos estaban bien alimentados, limpios y eran amados por los miembros de esta familia. Ya formaban parte de nuestras vidas.

Como a medio día fueron a comprar la comida de Horacio y cuando lo buscaron para alimentarlo, no estaba. Desesperados vaciaron el recipiente, escudriñaron las piedras, sacudieron las raíces de los bambús. Misterio. Ni una gota de agua alrededor de la fuente de cristal. Ni una evidencia de que hubiera saltado y yaciera moribundo y boquiabierto en algún rincón del comedor. Tristán se veía tan inocente, su trompa seca, un aire de bondad en la mirada, el plato de comida bien dispuesto, los pájaros contentos afuera como si nada.

Después de mucho buscar regresamos tristes y desconcertados a nuestros quehaceres: Teresa a su trabajo de química, Juan y Karen a su juego de video y yo a mi computadora. Horas más tarde, Teresa concluía un trabajo de la escuela: una línea del tiempo hecha con una tela verde a rayas a la que le coció a máquina unas bolsas, donde guardó unas tarjetas con los nombres de los grandes químicos y sus descubrimientos. Como le sobró tela se hizo una falda y a la mañana siguiente se la estrenó. Contenta se fue a presentar el examen y el trabajo para subir puntos en la escuela. Yo me sumé en mi trabajo y no me enteré de las actividades de mi hija ni la vi salir en la mañana, pues suelo levantarme un poco más tarde.

Al regresar de la escuela me sorprendió ver a Teresa vestida de verde de pies a cabeza, eufórica me dijo: “Mira mami, me vestí de duende, ayer me hice esta falda con lo que sobró de la línea del tiempo.” La miré perpleja. En efecto, estaba vestida de duende, botas, mallas, falda, bufanda, gorra. Una idea loca cruzó por mi mente y sin pensarlo dos veces le pregunté: “Tere, ¿tú no te comiste a Horacio, verdad?” 

Ana María Jaramillo (Pereira, Colombia, 1956). Escritora y editora. Ha publicado novela, cuento, poesía, entrevista y teatro. Es autora de los libros *Crímenes domésticos* (Premio Nacional de Cuento Colcultura, 1993), *La curiosidad mató al gato* (Ediciones del Ermitaño, 1996), *Las horas secretas* (Ediciones Sin Nombre/Juan Pablos, 1996), *Playas borascosas* (Ediciones Sin Nombre, 1998), *La luciérnaga extraviada* (Ediciones Sin Nombre, 1999) y *Eclipses* (Ediciones Sin Nombre, 2009). Actualmente imparte el taller de creación literaria en Casa Refugio Citlaltépetl.

Postales desde el fin del mundo

Herson Barona

*This is the way the world ends
Not with a bang but a whimper.*

T. S. Eliot

Finismundi

a

La ruta de nuestra imaginación
se dibuja
con las palabras
que están adelante
de la última palabra
esperándonos a pronunciarlas.

b

El mapa de este mundo
termina
en mi futuro polvo:
El desierto de mi olvido.

c

El mundo se extingue
como animal salvaje
y fuego doméstico,
como el refulgente cuerpo
de una mujer con labios rotos
en la fosa común de los besos muertos.
Mapa de todas las voces apagadas.

d

Cuando el mundo ya no sea
y los pronombres hayan sido desollados,
nada nos quedará fuera de la sangre,
ese mapa líquido
con el que hemos regado la tierra.

Final inextinguible

Era una lluvia quieta que no caía
Era la noche lo que nos mojaba
Eran cielos que se mudaban a otras aves
Eran las despedidas alineadas
al borde de un despeñadero

Y son mis ojos que se rompen
como delgadísimo cristal contra
las cosas que se acaban
Son los colores dando la espalda

Fue sentir la fuerza de la nada
golpeándome el rostro, incinerando
todos los caminos de todas las memorias
Y gritar todo lo mío y esperar que no me oyeran
dejar que el olvido se comiera mis últimos deseos

Pero fue también callar siete palabras
del otro lado del silencio
para no extinguir sus nombres

Fue llegar al fin del mundo con las manos vacías
y las distancias destrozadas
Fue llegar con la última sonrisa y una certeza
Aquí comienza lo que no se acaba

Herson Barona (Ciudad de México, 1986). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas y Estudios Latinoamericanos, ambas en la UNAM. Ha publicado en *La palabra y el hombre*, *Periódico de poesía*, *Opción* y *Los suicidas*, entre otras revistas. Ha obtenido premios de poesía, narrativa y ensayo; el más reciente es el Premio Nacional al Estudiante Universitario “José Emilio Pacheco” 2011 (poesía). Actualmente se desempeña en el proyecto “Ensayo y prosa de ideas en América Latina” del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (UNAM) y como editor de la revista *Bonsái. Literatura mínima*. Mantiene activo el blog variainvencion.blogspot.com y la cuenta de twitter [@viajerovertical](https://twitter.com/viajerovertical).

Tanto no morir

No sé cuántas veces llevo ya de no morir.
Pero la herida es un vestigio, un recuerdo.
La constatación de un hecho:
Aquí todavía estoy vivo.
La vida está aquí dentro.
Aún.

No sé cuántas veces ya.
Sé que tengo cicatrices
de accidentes a punto de ocurrir.
Eso significaba que existías bajo
la forma de una conjetura imprecisa y segura.
Tú.

El dolor es una espera
larga, ciega, calma.
Y si sobreviví fue tan sólo para llegar
al inhabitado descampado de tu encuentro.

No sé cuántas veces llevo ya de no morir,
mas en tus ojos vi el color de la devastación.
Lo vi y supe que estaba en el lugar correcto.
Eres el único desastre del que no quiero salvarme.
Después de ti no hay después.
Eres el fin del mundo.

El eco de la fuga

Toda palabra en el mundo es el eco de una voz.
Habría que recordar que esto es una fuga
l e t r a a l e t r a
hacia el silencio.

Souvenirs

I
Fui al fin del mundo y lo único que te traje
fue una roca de un leve verde
casi apagado
que imagina llover,
y los estragos de tu falta.

II
Llegaremos tarde a la muerte,
no nos esperen vivos.

Inscripción en el fin del mundo

Todo termina y comienza otra vez
dentro de lo que decimos
o antes, acaso detrás de cada letra.
El fin del mundo no se acerca
yo voy hacia él, éste es el trazo de su ruta.
Y como única sobrevivencia
escribiré la palabra

FIN

pp. 14-15: De la serie
*Evisceraciones: Sacrilegio
inmundo y resplandeciente*
(detalle), serie de tres piezas,
tinta/papel con marcos
cubiertos de tela de algodón
estampada, 26 × 60 cm, 2010



Premio de ensayo José Saramago para estudiantes



Dirección de Literatura, UNAM

Jurado: Héctor Perea, Rafael Toriz, Hernán Terrazas

Para el mago

PREMIO

Alejandro del Castillo Garza

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

*No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando la boca o ya la frente,
silencio avises o amenazas miedo.*

Francisco de Quevedo

Érase una vez, y no se piense que, por tan usado inicio, este texto se trate de un cuento para niños de esos en los que aventureros parten a la mar en búsqueda de islas nunca antes conocidas, pues se pretende, a decir verdad, un ensayo, y los libros del escritor que nos concierne la ocasión, a ti y a mí, lector, nos han demostrado que novelas pueden titularse ensayos, las cuales, también, son el contenedor de ideas e imágenes y propuestas ensayísticas y, todo ello, siendo fiel reflejo del funcionamiento humano, es expuesto en voz de algún personaje inventado, ficción sustraída de la palpable realidad, fácilmente pueden leerse los signos exclamativos no escritos, y así es como los universos más sorprendentes son posibles, se hacen visibles, legibles, a través de alguna virtuosísima pluma. Regresemos en el texto, leyendo hacia delante y no hacia atrás, paradójicamente, antes de que otra idea suceda y pueda convertirse en palabra, poniendo en riesgo el tema principal. Como iba diciendo antes de las advertencias correspondientes a las tres primeras palabras, y pensando, antes de que cosa alguna fuese escrita y después de haber sacado la hoja en blanco, ya sea ésta digital o de papel, ora blanca, como ya se dijo, ora de cualquier otro color, lo importante es que pueda escribirse en ella, como iba diciendo, digo, érase una vez, figurativa y literalmente, un gran escritor, arriesgadísima profesión, por cierto, que llegó al mundo con la ficción bajo el brazo, desde nacido, diri-

blando la verdad desde el primer grito, llanto, nalgada, escrito su nombre y fecha de nacimiento con la bellísima falsedad de la narrativa, retando a una realidad que se sostiene, débilmente, con nada más que símbolos, letras registrando el orden y categorizando números, y que tuvo por nombre, hablo ahora del gran escritor, no de la narrativa, aunque bien pudiesen convenir como sinónimos, tuvo por nombre y apellido, para los que nos clasificamos en humanos como él, o sea, para quienes pertenecemos a la especie de seres que necesitamos de sonidos y grafías para ser reconocidos, entre y para nosotros mismos, José Saramago.

Como toda historia que, a falta de originalidad, pretende conmover al lector desde el primer contexto planteado para el personaje, José Saramago pasó los años de la infancia descalzo, por decirlo así, ustedes entenderán, y con huecos estomacales. Quién diría, sí, es pregunta, quién diría que una de sus bellas frases que, en algún futuro lejano, lejano para aquel que piensa que la vida es larga y que a la muerte le gustan las intermitencias, escribiría en una de sus novelas, pues como es sabido, o como ya se dijo, este tal José Saramago era gran escritor, podría bien ajustarse al caso propio, la frase es la siguiente, Tal vez esto es lo que llaman el destino, saber lo que va a ocurrir, saber que no hay nada que pueda evitarlo, y quedarse quietos, mirando, como puros observadores del espectáculo del mundo. Fue así como, créase en tal explicación de la noción de destino, o no, ocurrió que aquel niño de ojos alegres, grandes y redondos como letras O, se abrió camino por el camino de las letras, o bien, las letras se abrieron cual río partido por un barbón con bastón, personaje sacado de algún otro texto de

ficción, para dejarlo pasar a sus anchas, tranquilamente y sonriendo, creciendo año con década, apostándole a las letras, alejándose del recuerdo de la precariedad, recuerdo no menos trascendente por tratarse de una pequeña memoria. Como puede leerse en la construcción de las líneas anteriores, donde se menciona a un barbón de bastón, se intenta hacer referencia al ateísmo característico de nuestro José, mismo que puede verse con agudeza en su obra, nuestro José, personaje principal de la historia, no mía ni del ensayo, recuerden el género textual, sino suya y de nadie más, escrita por él mismo, a lo largo de las cuartillas de su vida. Este ateísmo, dato curiosamente repetido en la historia de grandes pensadores, tanto más cuanto que José lo era, mucho fue criticado por desentendidos, tachado de pesimismo y perjuicio social, qué arrebato de ignorancia, qué otra cosa sería, más baste decir que a José no le producía la menor inquietud o conflicto, y tan sólo se dedicó a jugar a ser una suerte de dios, es decir, a crear universos no menos caóticos comparando al universo en donde él vivía. En cuanto al amor, José encontró, no demasiado tarde, aunque tampoco se diría que temprano, a la compañera con la que compartiría, inclusive, la más elevada forma de expresión gráfica humana, la literatura, y más íntimo aún, su propia literatura. Sobre las religiones, siendo no creyente de ninguna institución, ni qué decir, agudo entendedor de tan complejo comportamiento humano, sabiendo representarlo bajo un contexto edificado por perspectivas nunca antes tomadas en cuenta, más aún, etiquetadas como reprobatorias, el hermano mata al de su sangre por ganar el amor del que todo lo puede desde los cielos y éste, omnipotente y con su gran bondad, no es capaz de en-



De la serie *Evisceraciones: Sacrilegio inmundo y resplandeciente*, serie de tres piezas, tinta/papel con marcos cubiertos de tela de algodón estampada, 60 × 26 cm, 2010



De la serie *Evisceraciones: Sacrilegio inmundo y resplandeciente* (detalle), serie de tres piezas, tinta/papel con marcos cubiertos de tela de

tenderlo y en vez lo castiga. Sobre los viajes, fantástica experiencia incluso para elefantes. Si quisiéramos saber sobre sus afinidades políticas, por seguir exponiendo datos adicionales al compendio, simplemente se diría que abogaba por los sistemas en donde se pretende que la comunidad, y no sólo unos cuantos, se vea beneficiada. Muchas otras cosas podrían ser escritas acerca del trayecto recorrido por nuestro gran escritor, que conformarían un inicio, desarrollo y final de la historia, completando así la estructura de lo que se inició con un Érase

una vez. Sin embargo, y el que escribe lo que ahora es leído no intenta abusar del matiz dramático que todo Sin Embargo contiene, la historia de José Saramago no es cualquier historia, demostrado podría estar al proponer el siguiente juicio, a ver qué les parece. Su vida fue el origen de una obra que pudo atrapar, para después reflejarla convertida en arte, la tormentosa naturaleza humana, misma que intenta ser controlada por una supuesta lógica, justificada por razonamientos inventados y convertidos, convenientemente, en verdades, lógica humana



algodón estampada, 26 × 60 cm, 2010

que en muchas ocasiones es completamente absurda, incongruente y cruel. José se percató del grave caos que todo ello representa. Es por ello que quien escribe ahora acerca de otro que escribirá pospondrá para otra ocasión la información sobre su vida y pasará a relatar otras cosas sobre él, cosas acerca de la virtud con la que nació, imágenes de tal valor que podrían compararse, aunque con notoria desventaja de por medio, con su desmedida y propia imaginación.

Prestemos atención.

A José, un día, no sé si era de mañana o tarde, se le ocurrió que si se le ocurriesen cosas que pudiesen ocurrir de verdad, fuera del texto y de las cotidianas páginas que se escriben por hábito, día con letra, semana con palabra, mes con párrafo, cuya consecuencia tuviera repercusiones tan masivas como profundamente internas, tanto para el humano visto como grupo, como especie, como para, y de esto sobran los defensores, el humano visto como individuo, ser único e irrepetible, entonces podría esclarecerse la fórmula, nunca antes escrita, y nunca escrita con más signos de puntuación que el punto y la coma, no el punto y coma, para originar universos nunca antes recorridos, universos movidos por una poética revestida de fantasía posible, misma que retrataría de manera firme y realista, por amargas que pudiesen resultar, las desesperadas acciones del hombre por lograr la supervivencia de su especie y por alcanzar una justificación, a través de inconsistentes pero convenientes argumentos, de su desequilibrado y desastroso desarrollo como civilización inteligente. Fórmula de una poética que, a pesar de su disfraz fantástico y maquillaje imaginativo, camina con involuntaria insolencia de verdad, como si se tratase de una balsa de piedra navegando por decisión propia, Atlántico adentro, a pesar de las miradas desconcertadas de quienes la ven irse, lentamente, como de quienes van en ella, irrevocablemente, navegando a través de los métodos desgastados de la costumbre, por entre las leyes y sus formas, derribando, sin querer, los razonamientos, mirando con naturalidad, sin sencillez ni altivez, los fundamentos que parecían otorgar el control de la realidad al hombre, en la palma de su mano, en su ciega y oscura mirada, en su supuesta lucidez. Cuando José se descubrió a sí mismo poseedor, inventor, del magistral talento, de tan caótica fórmula, decidió, sin parpadear, en sentido figurado, claro, ya que se ha visto que grandes inventores y descubridores demuestran su asombro parpadeando repetidamente en vez de quedarse perplejos, decidió, pues, devastar a la pobre humanidad, quizá para exponer abiertamente el vacilante funcionamiento de las sociedades civilizadas, quizá sólo por diversión, quizá por ambas cosas y más, o tal vez por otras cuestiones distintas, desconocidas, lo que sí es que llevó, de la mano y con inocente alegría, com-

parable a la del niño que lleno de curiosidad remueve el hormiguero con un palo, a la humanidad hasta el borde de su propia existencia, proponiendo la posibilidad del antónimo, del inconcebible opuesto, la posible inexistencia, y todo con magistral talento, sin usar más que el lenguaje de su tierra portuguesa y una pluma, por así decirlo, pues se sabe que escribía en máquina de escribir, después a computadora, qué importa, me arrepiento de haber mencionado lo de la pluma, José Saramago quebrantó el artificio basado en que el hombre es el magno controlador de la naturaleza, y le recordó su frágil vulnerabilidad. Se dio cuenta de que cuando el hombre se ve en las más difíciles situaciones, aquellas que amenazan el orden social y la estructura de un sistema de control en el que las mentes pequeñas se sienten seguras, donde el poderío de la humanidad por sobre su entorno se encuentra inestable e inseguro, la naturaleza humana se deja ver en toda su brutalidad. Y eso, precisamente, buscaría retratar sobre hojas de papel. Déjeme les cuento que, para estas fechas, la misión ha sido consumada.

Si algún lector curioso, de esos ya casi no hay, antes abundaban, pero supongamos, si alguno de éstos, quizá una chica de gafas oscuras, se apareciera preguntándome, Y José Saramago era triste, o era un hombre feliz. Era muy inteligente, capaz de saber y sentir de lo que se tratan ambas cosas, respondería yo, y alguien cerca de ella preguntaría, Este escritor del que nos hablas, aún vive o hace mucho que murió. Resulta que se volvió inmortal, respondería yo, de inmediato, como si fuese una respuesta ensayada, y con mis dramáticas palabras encendería la cólera del lector seudointelectual entre el público, hombre

malintencionado que, como bien sabemos, suele adquirir valor, gracias al cierto anonimato que tales circunstancias conllevan, o sea, cuando se está entre más hombres desconocidos, para esbozar, con tono burlón, que en la mayoría de los casos es seguridad fingida, su pregunta, Cuál es la gracia del tal José Sara No Sé Qué además de ser escritor, pues escritores ha habido cientos, miles, Acaso su inigualable imaginación, le respondería en forma de pregunta algún otro lector, de esos benevolentes y condescendientes hacia las alegres personas que sueñan su vida con letras más que con colores, aunque desconocedor del tema, puede observarse sin dejo de duda que jamás se ha atrevido a saltar al desorden sin vuelta hacia atrás de alguna de las novelas de nuestro José, así que yo respondería, motivado y agradecido por la benevolencia del desconocedor, y dirigiéndome directo a los ojos del diletante, Poquísimos de los miles de los que hablas han logrado hacer funcionar un universo, regido bajo las mismas reglas conocidas por todos los que estamos aquí, en este espacio y tiempo tal como lo percibimos, leyendo, cuyas consecuencias provengan de una idea desbordante, descomunal, desaforada, cuyas reacciones, más que amenazantes para el mundo tal como es concebido, son reveladoras para el entendimiento de cómo funciona nuestra realidad, la comprensión y el acercamiento a la consistencia más natural, más pura y esencial, probablemente oscura, del hombre. Habría un silencio entonces, quizá provocado por mí mismo, por mi expresión en la cara y la fuerza de los dedos al escribir la última palabra del portentoso juicio emitido, Hombre, silencio que, eso espero, subrayaría y les daría énfasis a mis rebuscadas, presuntuosas y, para el hombre inteligente, suicidas

De la serie *Evisceraciones: Sacrilegio inmundo y resplandeciente*, serie de tres piezas, tinta/papel con marcos cubiertos de tela de algodón estampada, 60 × 26 cm, 2010

palabras, no obstante, y afortunadamente, como las situaciones suelen ser favorables para lo que respecta al arte, me vería salvado, aunque un poco aminorado en cuanto a lo de mis palabras, por una voz aguda y sencilla, de algún otro lector, de treinta y tantos, robusto y rosado, que gritaría desde atrás, desde el fondo de la página, Pero qué sucede, volteen todos a la ventana, nunca había visto tantos estorninos juntos, y yo intentaría alzar la voz en un intento fallido por recuperar la atención de mi público, sería inútil, para ser honesto yo tampoco había presenciado, nunca antes, paisaje tan hermoso, tan incomprensible, miles de estorninos volando entre ensordecedores graznidos, cubriendo de negro el anaranjado de la tarde, Por favor, su atención, estoy por finalizar, su atención por favor, estoy por finalizar el texto, por último sólo diré que José Saramago es un gran escritor y vale mucho la pena leerlo, fue inútil, ya nadie presta su mirada a mis palabras, están todos fascinados por la narrativa espectacular de los estorninos, pero qué más da, no importa en realidad, pues las letras de alguien como José Saramago no necesitan de animadores o exhortadores o, como yo mismo he intentado hacer desde el principio, copistas que las promocionen. Se trata de un mago que hizo literatura capaz de respirar por sí misma. P



Alejandro del Castillo Garza (Ciudad de México, 1988). Estudia la licenciatura en Estudios Literarios en la Universidad Autónoma de Querétaro. Desde hace tres años colabora en la revista *La Charola. Poesía y Narrativa*. En 2010 ganó el primer lugar en el XIII Concurso Decembrino de Cuento, convocado por el grupo literario Palíndroma en el estado de Querétaro, con la obra *La muerte con mis poemas*. En 2011, ganó el primer lugar en el IV Concurso Estatal de Cuento convocado por el gobierno del estado de Querétaro a través del grupo Hábitat, con la obra *Delirium*. Ha sido alumno de Ramón Buenaventura, entre otros escritores.

José Saramago, un hombre desnudo en las palabras

MENCIÓN

Alfonso Meza

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Conocí a Blimunda por José Saramago. Él me enseñó también a mirar una Lisboa en tiempos donde los hombres se amaban sin letras. Sencillo, profundo, sin vacilaciones. Conocí a José Saramago por Blimunda. Ella me enseñó que no hay hombre capaz de evadir el silencio ni el peso de sus palabras. Él me encendió Sietesoles en los ojos y juntos me mostraron que “nadie puede huir de su destino”, porque el destino de la humanidad (esto lo aprendí solo) está lleno de palabras.

El mundo nos sale al paso todos los días sin importar qué suceda. Y en este siempre correr, que es la existencia humana, olvidamos contemplar el entorno que nos muerde el corazón todos los días. Situación común en una era donde la velocidad desplaza a la calidad y el silencio es un pájaro escandaloso. Pero el sonido no cesa.

A través de los sonidos escuchamos la vida latiendo aprisa la mayoría de las veces. Incesante y por momentos necia. (La necesidad también cuenta con su propia belleza, tan sólo mírese el terco giro de las estrellas siempre encima de nosotros, inagotables fuegos.)

Con esa misma insistencia, los sonidos vuelven nuestros ojos a mirar lo ignorado hasta ese momento. De la misma forma, las voces inmersas en la obra literaria del único Nobel en lengua portuguesa, José Saramago, se desprenden del mundo para mostrarnos la vida como un vitral de escenas múltiples donde la insistencia es el color de la vida: existir es insistir. Si bien la insistencia no corresponde a la descripción de los sentidos, es imposible afirmar que cada sentido no posee una fracción distinta de insistencia. Es decir, no se trata únicamente de mirar, escuchar, oler, saborear o tocar; se trata de insistir el tacto, el oído, la vista, el olfato y el gusto. Significa golpear la puerta de la realidad cuantas veces sea necesario e incentivar la imaginación, porque distinta es la realidad en la insistencia pero no ilógica: no hay error en lógica distinta.

Bajo esta tónica, Saramago se yergue como un fino orquestador de situaciones llenas de matices, capaces de trazar galaxias enteras de besos, conversaciones y paisajes. Todo un conjunto de acontecimientos donde la materia prima es la humanidad y sus demonios. La contradicción y su belleza.

La lectura es un diálogo. Todo ejercicio de lectura supone, además, un momento de abandono. Y es justo en ese momento cuando la inquietud o la desaprobación del lector se dirige no al autor del texto, sino al rostro y la figura de los personajes que nutren la historia en cuestión.

Por ejemplo, ahora mismo alguna Lidia está temblando en la habitación 201, en cualquier parte del globo, frente a un Ricardo Reis que no entiende de quién son los interminables temblores que avanzan por su pecho y le bajan hasta las rodillas, ahora inmóviles por el encuentro. ¿Quién podría, rotundamente, negarnos lo contrario? ¿Quién sería el salvaje?

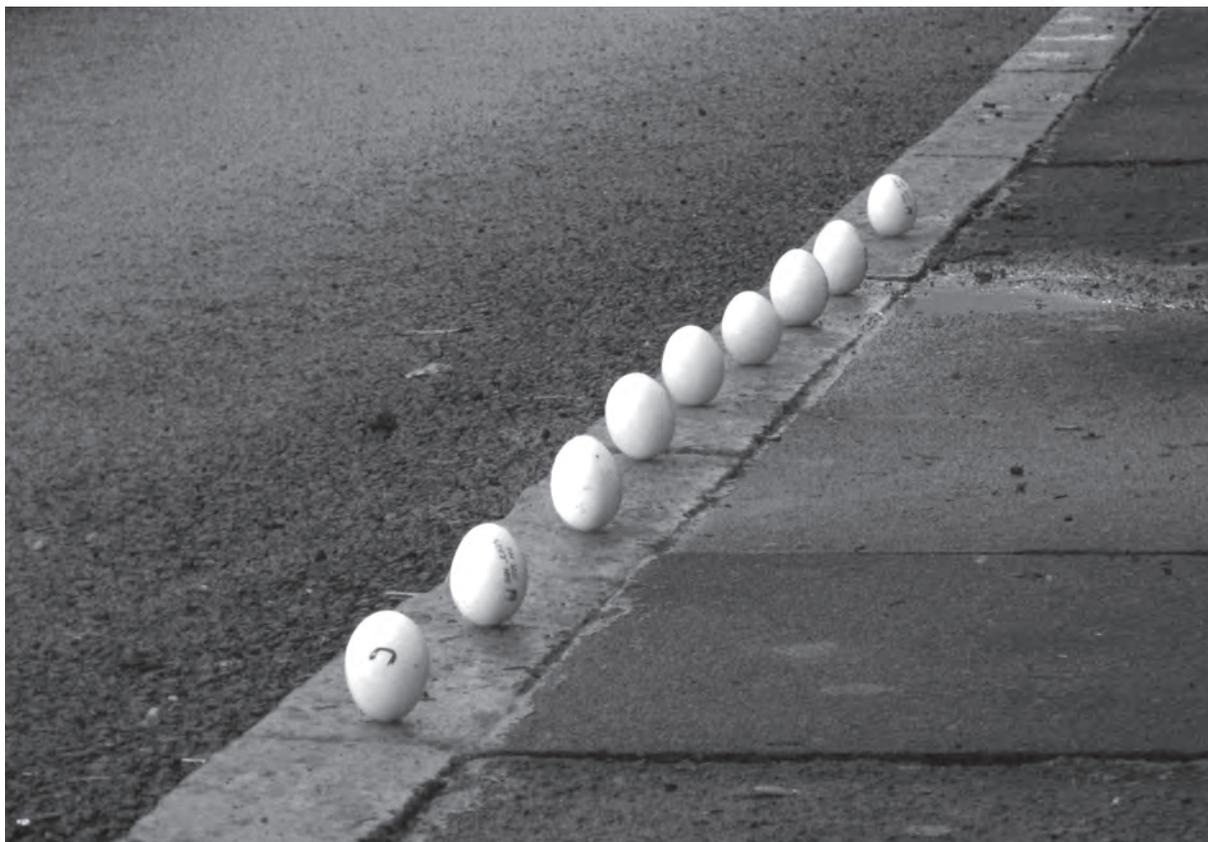
De alguna u otra manera, todos conocemos a una Lidia, a un Ricardo Reis, o hemos estado dentro de alguna habitación 201 con los sentidos al filo del derrumbe, y los ojos a la altura del pecho porque el corazón quiere mirar lo que sucede pero no alcanza el techo de la vista. Todos hemos sido, alguna vez, un Baltasar Sietesoles cegado por una Blimunda de carne y hueso, porque todos somos un corazón en ayunas.

El universo saramaguiano está lleno de música. ¿Por qué habría de ser diferente la labor de un escritor a la de un músico? ¿No tienen sonido las letras, no silba el silencio dentro de nosotros cuando se apaga el bullicio del mundo? Escribir significa escuchar y ser escuchado, despabilarse. Escribir es hacer música, tener en insomnio los sentidos.

Octavio Paz, otro Nobel de literatura, habla en el ensayo “Los reinos de Pan” acerca de un saber más profundo fincado en el *saber poético*. Un conocimiento adquirido en los sentidos y, por esa razón, muy valioso: “Los sentidos, sin perder sus poderes, se convierten en servidores de la imaginación y nos hacen oír lo inaudito y ver lo imperceptible.” Sentir significa crear. Es posible conocer un mundo a través de la música; en ese mundo la imaginación resuena.

El artista es un ser despabilado. En su trabajo deja, sin importar la naturaleza de éste, un pedazo de sí mismo reflejado en cada una de sus creaciones. En ese instante el autor se convierte en un personaje. Bajo esta lógica, la obra literaria de José Saramago está llena de fragmentos de él mismo y la obra es el rostro de su propio autor. Ya sabemos que todos los creadores hacen, de manera inevitable, su obra a imagen y semejanza. No debería sorprendernos, entonces, si, tiempo después, nos enteramos de las gafas usadas por la *esposa del doctor* para no quedarse ciega. Quién sabe.

El reflejo de José Saramago es extraño (llamo reflejo a la obra del autor, que más que obra es una antología de ojos: imágenes y sonidos empleados por el novelista para aprehender el mundo durante toda su vida), porque la incertidumbre se cuelga entre las páginas de las novelas y jamás terminamos de saber qué sucedió con María de



Equilibrios precarios, intervención urbana en Parque Lira, 2010

Magdala, María Sara o la propia Blimunda después de reencontrarse con Sietesoles. No importa cuántas veces se acuda a sus libros, el desasosiego siempre tendrá un lugar en las páginas de Saramago.

Juan Gelman, poeta argentino, señaló que “la inteligencia y el instinto encienden fuegos en la noche”. Con razón, cuando era un niño, Saramago dormía a la sombra de una higuera en compañía de su abuelo. Años más tarde nos recordaría que también la sensibilidad ilumina la noche, y no hay distancia posible aun en las tinieblas. Blimunda es una muestra de lo dicho: era más oscura la noche de sí misma cuando perdió a Sietesoles; diferente es el caso de la Muerte enamorada a oscuras de un violonchelista. Un amor que le cerró los ojos a la Muerte e hizo que, aquel día, no muriera nadie.

Para hablar de un novelista bastaría con escuchar a sus personajes. Nadie mejor que ellos conoce las peripecias experimentadas por la mano que los trazó. La inquietud de la idea, el bochorno de la hoja vacía dejando en blanco al autor, el domar las palabras para que ninguna salga fuera de la foto.

Así fue y así continúa siendo la obra de José Saramago: un crisol de posibilidades narrativas, técnicas, literarias, pero sobre todo humanas, que develan la última pala-

bra en manos de los actores, no del escritor. Porque los sucesos jamás han sido como deberían, sino como son. Y ya duelen bastante o vivifican según sea el caso.

La muerte nada logra contra la memoria de la vida. José Saramago fue, antes que un escritor, un ser escrito. Desde muy temprano se mostró sensible a los susurros de su entorno inmediato, mismo que, más tarde, influiría y determinaría las diversas historias de sus libros. A cada uno de sus personajes; los rostros, los cuerpos, los besos, los temores, incluso los nombres, cobran sentido y pulso en el pasado de un hombre que gustaba de andar descalzo para sentir el lodo de su aldea, en Portugal.

Contra todo pronóstico, la humanidad se sobrevive con el paso de los días. Y es en esta existencia, breve por los siglos de los siglos, donde florecen las voces de José Saramago. Donde se escucha el poder de sus palabras —musicales siempre—, y hasta el silencio en él es un pájaro escandaloso.

Ahora mismo dejo aquí a María de Magdala, a Joana Carda, Marta, Isaura, Blimunda, Lidia. Dejo aquí a las mujeres de Saramago para que sea su música quien hable por él, porque no ha nacido el hombre capaz de huir a su destino, y mucho menos al peso de sus palabras. José Saramago no ha muerto, aún está cantando bajo la inmensidad de la noche donde a más de uno encendió Sietesoles en los ojos... Ojos repletos de palabras, las tuyas, las tantas, las todas. ●

Alfonso Meza (Ciudad de México, 1990). Estudia Ciencias de la Comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Ha publicado en *Glow!*, *Líbido*, *Vida Funky* y *Escrutinio*. Formó parte del taller de poesía experimental dirigido por el poeta Raúl Renán en el Centro de Creación Literaria Xavier Villaurrutia. Es colaborador de la revista electrónica *Contratiempo*.

Lo inasible en la escritura de los nombres saramaguianos

MENCIÓN

Florencia Zubieta

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

El encuentro con la obra de José Saramago a mediados de 2006 me produjo una primera pregunta acerca de la función que los nombres propios cumplían en su escritura, desligándolos de una mera curiosidad onomástica. Varios años pasaron desde entonces, y este ensayo cobra la forma de una respuesta, la que supe inventarme tras esa búsqueda en sus palabras. Es que si hay un Don José en *Todos los nombres*, por qué no fantasear con que hay un Saramago en Todas las palabras. Aun cuando él mismo nos enseñe que “ni tú puedes hacerme todas las preguntas, ni yo puedo darte todas las respuestas”.¹

A lo largo de las novelas saramaguianas hallamos una recurrencia y variedad de situaciones en las que el nombre de los personajes se torna significativo, o su presentación, o su significado. De igual modo encontramos una variedad en cuanto a las formas de nominación de los personajes, que van desde nombres propios, nombres propios en minúscula, nombres-rasgo,² hasta personajes con una inicial. Y contamos, además, con novelas en las cuales se omite por completo el nombre propio de todos sus personajes, o donde se menciona sólo el de uno. La hipótesis que sostengo acerca de éstas y otras consideraciones que desarrollaremos en detalle —y que deseo compartir con la comunidad de entusiastas saramaguianos— es la de advertir *metáforas escritas sobre*

lo inasible del ser que se materializan a partir de la escritura y la omisión de los nombres en la narrativa saramaguiana.

En este punto no podremos desligarnos de un interrogante que Saramago manifestó como una de sus preocupaciones: “¿Quién es el otro?”³ Un interrogante que se vincula de forma directa con la pregunta por el ser.

Las novelas a las cuales nos atenderemos son las que se publicaron entre los años 1977 y 2000, aunque es posible hallar otras particularidades o incluso algunas similares a las que aquí describiremos en la totalidad de su obra. El recorrido que proponemos no será necesariamente paralelo con la cronología de las novelas.

Un espacio en blanco

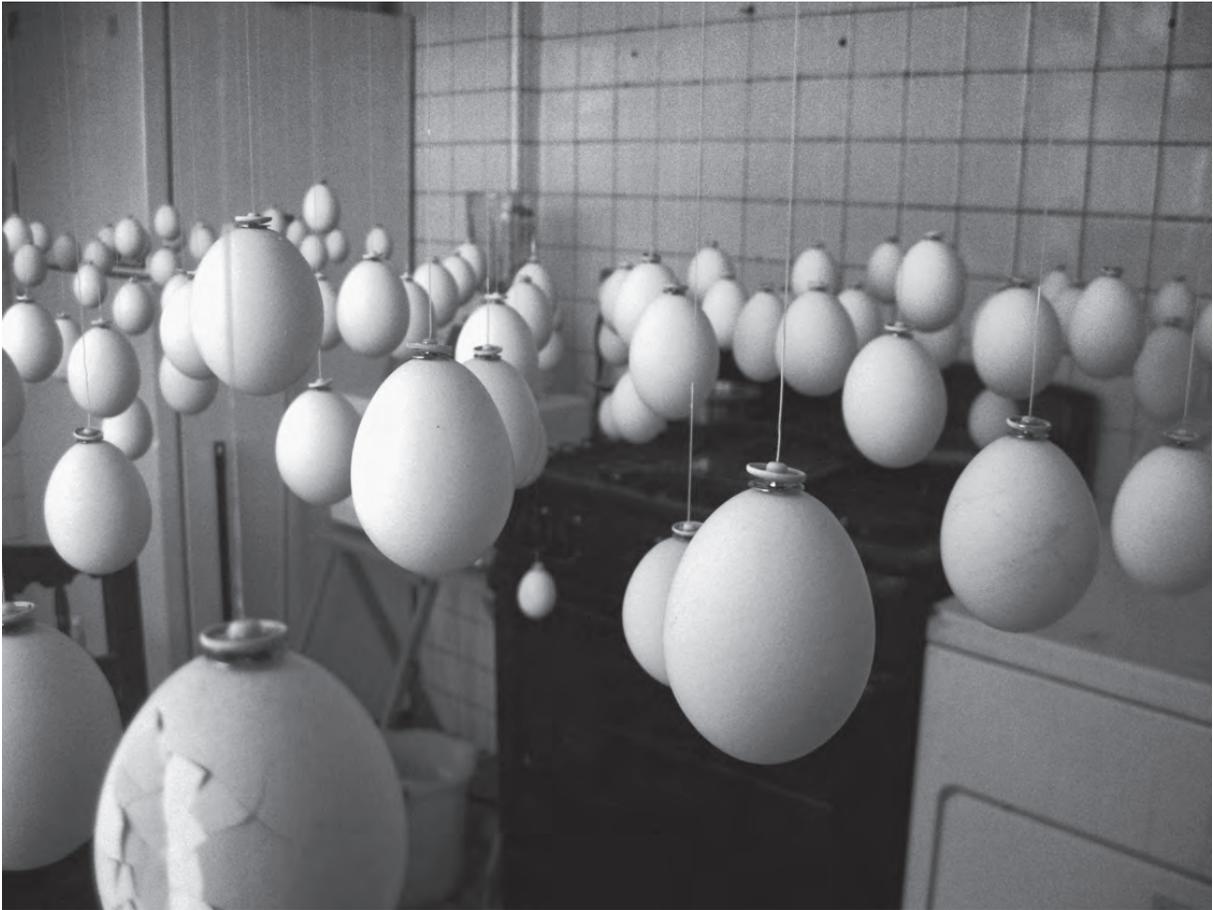
Vamos a remontarnos a los momentos iniciales de la narrativa saramaguiana: *Manual de pintura y caligrafía*. Al inicio de esta novela, Saramago realiza una peculiar comparación entre el reino de la pintura y el de la caligrafía en relación con los nombres. Lo que hace es trasladar la dificultad de asir el nombre de un color, una vez que lo ponemos en la paleta y lo mezclamos con otros colores, al acto de nombrar personajes, afirmando que el nombre se le presenta como un “espacio en blanco”.⁴

¹ José Saramago, *El Evangelio según Jesucristo*, Punto de Lectura, Madrid, 2006, p. 155.

² Adopto la expresión “nombre-rasgo” del *Diccionario de personajes saramaguianos*, Equipo Saramaguiano de Investigación en Teoría y Crítica Literarias, Educe, Córdoba, 2008, p. 25.

³ Jorge Halperín, *Saramago: “soy un comunista hormonal”*. *Conversaciones con Jorge Halperín*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2003, p. 74.

⁴ José Saramago, *Manual de pintura y caligrafía*, Suma de Letras, Buenos Aires, 2005, pp. 31-34.



De mañana en la cocina veo sobre la silla un huevo, instalación de 110 huevos en una cocina, 2010

Encontramos en esta novela una de las mayores combinaciones en cuanto a los modos de nombrar personajes, pasando por personajes con nombre propio, como Adelina y Carmo, personajes con nombre-rasgo, tales como los señores de la Lapa y hasta personajes con iniciales. Entre estos últimos se hallan H., M. y S., “una inicial vacía que sólo yo puedo llenar con lo que sabré y con lo que inventaré”.⁵ Quien pronunció esa frase fue H.: “También por eso voy a ser yo un simple H., no más. Un espacio en blanco.” H. será más contundente con sus elucubraciones, tanto cuando afirme que nombrar a un

hombre es fijarlo en un instante de su transcurso, como cuando escriba cuarenta y cinco nombres propios de corrido para invitar al lector a “reconocer lo que es el vacío de un nombre acabado”.⁶

No pude pasar por alto las resonancias que me produjeron estas palabras, en las cuales encuentro una clave de lectura para comprender la función de los nombres en la escritura saramaguiana. Pensar en el vacío de un nombre no resulta algo sencillo de representar. No obstante se hace presente en la escritura del autor, y es lo que intentaremos articular en este ensayo. En este sen-

⁵ *Idem.*, p. 32.

⁶ *Idem.*, p. 33.

tido, considero que nombrar personajes mediante una inicial fue un recurso elegido por el autor para dar cuenta de las características de los nombres que allí describe. Como si su creencia del vacío de los nombres cobrara cuerpo o se materializara en la escritura a partir de escribirlos, en este caso, a través de una inicial.

Saramago nos habla de inicial y no de letra. De hecho, una S es una letra; pero es una inicial sólo si convenimos en que hay algo detrás de ella, que hay algo que sugiere y que, no obstante, el autor prefiere omitir. Avancemos, pues, en la idea de *tomar esta inicial como una primera metáfora escrita de lo inefable en la narrativa saramaguiana*. Habrá otras.

Joana Carda o Doña Ojos No Sé Bien

*No, yo no soy el nombre que tengo,
Quién eres entonces, Yo.*

JS

Para mi sorpresa descubro que el mismo autor que ya nos sugirió la vacuidad de los nombres escritos se vuelca, en una de sus novelas más populares, a contarnos la historia de una ciega sin nombres propios. Recordemos uno de sus personajes, la chica de las gafas oscuras; y recordemos también algunas de sus palabras: “Dentro de nosotros hay algo que no tiene nombre, esa cosa es lo que somos.”⁷

Considero que no es casual que en la primera novela del autor en la que no aparece ningún nombre escrito haya un personaje que, además, señale que su ser no tiene nombre. Algo de lo cual Saramago ya nos había advertido anteriormente en *La balsa de piedra*, y que en boca de Joana Carda o Doña Ojos No Sé Bien dice: “No, yo no soy el nombre que tengo.” Como si este personaje ya hubiese reconocido el vacío de un nombre y su consecuente insuficiencia de atestiguar el ser.

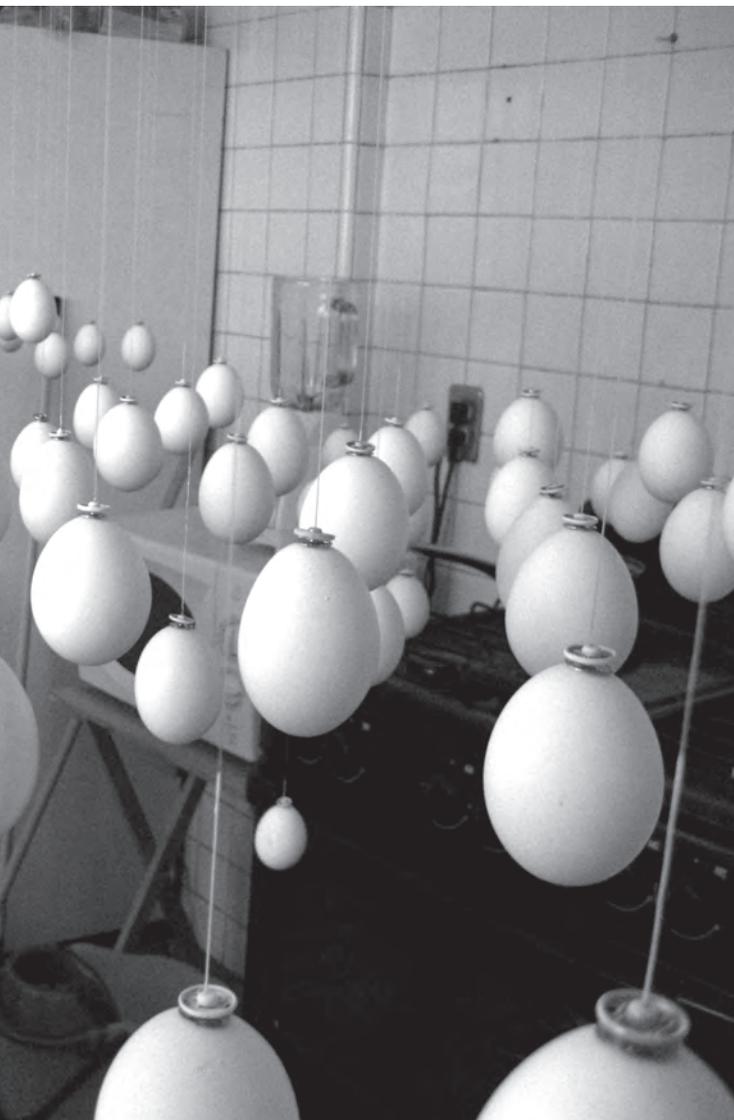
Lo significativo de esta última frase no sólo es lo que niega, o lo que afirma, sino que además podemos ubicar a este personaje saramaguiano como el primero en ser

⁷ José Saramago, *Ensayo sobre la ceguera*, Punto de Lectura, Buenos Aires, 2006, p. 278.



De mañana en la cocina veo sobre la silla un huevo, instalación de 110

nombrado indistintamente mediante un nombre propio y mediante un rasgo. Claro que habrá también un Ricardo Reis que luego de escuchar una de las conversaciones de los viejos termine preguntándose qué mote le convendría a él, si el de El Médico Poeta, Pepe el de las Odas, El Casanova de las Camareras o El Desamparado de la Suerte. Pero es Joana Carda quien aparece claramente ubicada como el primer personaje de la narrativa saramaguiana que alterna entre un nombre propio y un nombre-rasgo, y que además tiene una respuesta al asunto. Como si fuera un anticipo de lo que vendrá.



huevos en una cocina, 2010

Entonces, si al principio teníamos el vacío de un nombre y la hipótesis de que esta idea se plasma en el texto a modo de metáfora a través de los personajes inicializados, ahora nos encontramos con un personaje, el primero, que se nombra a partir de un rasgo, Ojos No Sé Bien, y con un nombre, Joana Carda, al mismo tiempo que manifiesta no ser el nombre que tiene. ¿En qué medida el nombre designa el ser de una persona? En una medida que no es completa, podríamos aventurar como respuesta.

A partir de estas consideraciones, y teniendo en cuenta que la escritura de nombres mediante un rasgo hará

explosión en la narrativa del autor, me arriesgo a sostener que la posterior ausencia de nombres propios escritos en la narrativa de José Saramago ilustra, no una forma de anonimato o despersonalización, sino y fundamentalmente, *la insuficiencia del nombre para designar el ser de una persona*, en un escritor para quien la pregunta *¿Quién es el otro?* se tornó decisiva. Así, los nombres-rasgo podrían leerse como una metáfora escrita de lo inasible del ser en los personajes saramaguianos.

Todos los nombres

En la Conservaduría General sólo existían palabras, en la Conservaduría General no se podía ver cómo habían cambiado e iban cambiando las caras, cuando lo más importante era precisamente eso, lo que el tiempo hace mudar, y no el nombre que nunca varía.

JS

Su título por demás sugerente nos obliga a una cita en detalle con esta novela. Sobre la base de lo que venimos sosteniendo, diremos que hay una lógica que impregna los extraños acontecimientos que se suscitan en *Todos los nombres*. Nos referimos a la lógica del todo y el uno, del conjunto y la parte, de la Conservaduría y la ficha de la mujer desconocida.

Tenemos el lugar donde se encuentran todos los nombres posibles, la Conservaduría General del Registro Civil, en competencia directa con otro lugar al cual van a ir parar todos los nombres, el Cementerio General. Las homologías entre ambos abarcan desde el mismo frontispicio, la disposición de los empleados, y llega hasta el derrumbe de sus muros, en todo sentido. Y tenemos, por otra parte, una ficha, la de una mujer, que se *desprendió* de la Conservaduría General. Una mujer que se suicidó, hecho que la ubica de inmediato en una tumba del Cementerio General. Respecto a los personajes, tomaremos dos: aquel que conoce todos los nombres posibles de todas las personas, las que existieron y las que existirán según la base de combinaciones posibles; y tenemos por otro lado a don José, con un nombre *insignificante*, en palabras del autor, pero cuya función dentro de la no-

vela es la de sostener la lógica que proponemos. Porque si el Conservador es el depositario de un cerebro que duplica la Conservaduría en el sentido de conocer todos los nombres, don José tiene en la mano el nombre de *una* mujer a la que busca desasosegadamente.

Ambas lógicas entran en discusión: “la única persona que aquí no comete faltas soy yo”,⁸ asevera el Conservador frente a don José. Es lo mismo que decir que al Conservador no le falta ningún nombre. Y será don José quien introduzca la falta en la Conservaduría General, empezando por faltar a trabajar.

A esta lógica debemos sumarle la obsesión de este don José enojado con una Conservaduría que se desentiende por completo de quiénes son las personas que alberga en sus fichas: “Lo peor de la Conservaduría es que no quiere saber quiénes somos, para ella no pasamos de un papel con unos cuantos nombres y unas cuantas fechas.”⁹ Don José llega incluso a imaginar un Cementerio en el que la gente sea enterrada en posición vertical con un cubo de piedra sobre sus cabezas en reemplazo de la lápida con nombre y apellido. Un cubo con cinco caras donde se relaten los acontecimientos más significativos de esas personas, algo que diera cuenta de la vida que un nombre no sabe contar: “El resumen del libro entero que había sido imposible escribir”,¹⁰ piensa don José. Y quizá el nombre sea sólo eso, las letras de una ilusión, aquella que nos pide escribirnos por entero.

Podemos decir que en la escena de *Todos los nombres*, *el nombre don José introduce la falta*; será ante el Conservador —recordemos esos gestos, esos comentarios, esas *debilidades* que el máximo escalafón de la Conservaduría esboza ante el escribiente suscitando la envidia y el asombro del resto de los empleados—; será ante la Conservaduría, distinguiendo la búsqueda de una mujer frente al resto de los mortales. Y esto es lo que me lleva a considerar que al oponer sólo un nombre frente a todos los nombres, esta novela realiza mediante la escritura la falta que el nombre introduce.

⁸ José Saramago, *Todos los nombres*, Punto de Lectura, Madrid, 2007, p. 84.

⁹ *Idem.*, p. 210.

¹⁰ *Idem.*, p. 244.

Lo que empezó con la sospecha de un espacio en blanco, que cobró carácter de fijación frente a la mutabilidad de los rostros que van cambiando, lo que continuó con la insuficiencia del nombre para asir el ser, abriendo la frontera de lo inefable —por citar sólo los ejemplos que aquí hemos desarrollado— encuentra un punto de condensación en la búsqueda obsesiva del escribiente de *Todos los nombres*, del escritor José Saramago.

Una bandada de aves

Lo bueno es que existe el sin embargo. Porque aunque un nombre sea un espacio en blanco, aunque Saramago nos haya enseñado a desligar el nombre de lo que las personas realmente son, y aunque se oculte detrás de la chica de las gafas oscuras para decir que “Dentro de nosotros hay algo que no tiene nombre, esa cosa es lo que somos”; sin embargo, a pesar de esto, Cipriano Algor los necesita.

Cipriano Algor se alejó en dirección al horno, iba murmurando una cantinela sin significado, Marta, Marcial, Isaura, Encontrado, después en orden diferente, Marcial, Isaura, Encontrado, Marta, y todavía otro, Isaura, Marta, Encontrado, Marcial, y otro, Encontrado, Marcial, Marta, Isaura, finalmente les unió su propio nombre, Cipriano, Cipriano, Cipriano, lo repitió hasta perder la cuenta de las veces, hasta sentir que un vértigo lo lanzaba fuera de sí mismo, hasta dejar de comprender el sentido de lo que estaba diciendo, entonces pronunció la palabra horno, la palabra alpendre, la palabra barro, la palabra moral, [...] la palabra, la palabra, y todas las cosas de este mundo, las nombradas y las no nombradas, las conocidas y las secretas, las visibles y las invisibles, como una bandada de aves que se cansase de volar y bajara de las nubes fueron posándose poco a poco en sus lugares, llenando las ausencias y reordenando los sentidos.¹¹

La caverna es la novela que le sigue a *Todos los nombres* en cuanto a su fecha de publicación. Allí nos encontramos con pocos personajes nombrados generalmente con su nombre y apellido completos. El fragmento que elegimos se torna particularmente significativo para lo que hemos desarrollado. La sospecha aquí no es que Sarama-

¹¹ José Saramago, *La caverna*, Punto de Lectura, Madrid, 2007, p. 143.

go haya querido deshacerse de lo dicho anteriormente, sino que sólo después de haber generado una escritura de la falta del nombre es posible realizar una escritura de su necesidad. Reconocer que necesitamos de los nombres, aunque no nos completen; que necesitamos del orden que nos proponen, aunque puedan reordenarse. Que necesitamos del *otro* que viene a vestimos y a referenciar quiénes somos con su nombre, aunque no tengamos una respuesta certera sobre *quién es*. Al menos, algo de esto pareciera acontecerle a Cipriano Algor, que al repetir una aparente cantinela sin significado está nombrando los personajes de su membrana familiar, ubicándose en un lugar, dándose una referencia y contándose dentro de ella. Como una forma de nombrar el mundo. El suyo. Sobre todo teniendo en cuenta que esto le acontece en un momento donde parecía que “todas las cosas del mundo hubiesen cambiado de repente de sentido”.¹²

La palabra final que nos devuelve al principio

Lo innominable existe, y ése es su nombre, nada más.

JS

Lo innominable nos ubica en el universo ya no sólo de los nombres sino en el de las palabras, del cual provienen. Un universo que sería caprichoso omitir y que también ha estado presente en este ensayo. Nos referimos a esa frontera de lo inefable que ronda el lenguaje y que aparece en repetidas escenas de la narrativa saramaguiana:

Con exceso nos ha enseñado la experiencia cuán insuficientes son las palabras a medida que nos acercamos a la frontera de lo inefable, queremos decir amor y no tenemos lengua bastante, queremos decir quiero y decimos no puedo, queremos pro-

¹² *Idem.*, p. 142.

Florencia Zubieta (Pellegrini, Buenos Aires, Argentina, 1983). Es actriz y licenciada en Comunicación Social por la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Ha publicado trabajos en *Apuntes Saramaguianos VI y Litura, no-todo psicoanálisis*. Fue docente de la cátedra Taller de Producción de Mensajes de 2006 a 2009. Ha colaborado en la sección cultural de la revista *Aquí La Plata*, y actualmente escribe para *Episteme* y *El Pasajero, un viaje por la cultura de la ciudad*. En 2004 ingresó a la Comedia de la Provincia de Buenos Aires, donde trabaja hasta la fecha. Actualmente cursa el doctorado en Comunicación en la UNLP. <florence.zubieta@gmail.com>



De mañana en la cocina veo sobre la silla un huevo,
instalación de 110 huevos en una cocina, 2010

nunciar la palabra final y nos damos cuenta de que ya habíamos vuelto al principio.¹³

Aparece también entre Ricardo Reis y Fernando Pessoa: “De nada sirve estar advertido, por más que usted diga, por más que digamos todos, siempre quedará una palabra por decir.”¹⁴ Se hace presente en H.: “Intento comprender el arte de romper el velo que son las palabras y de disponer las luces que las palabras son.”¹⁵ Y en numerosas ocasiones que omitiremos a falta de espacio. Porque también a este ensayo ha de faltarle algo.

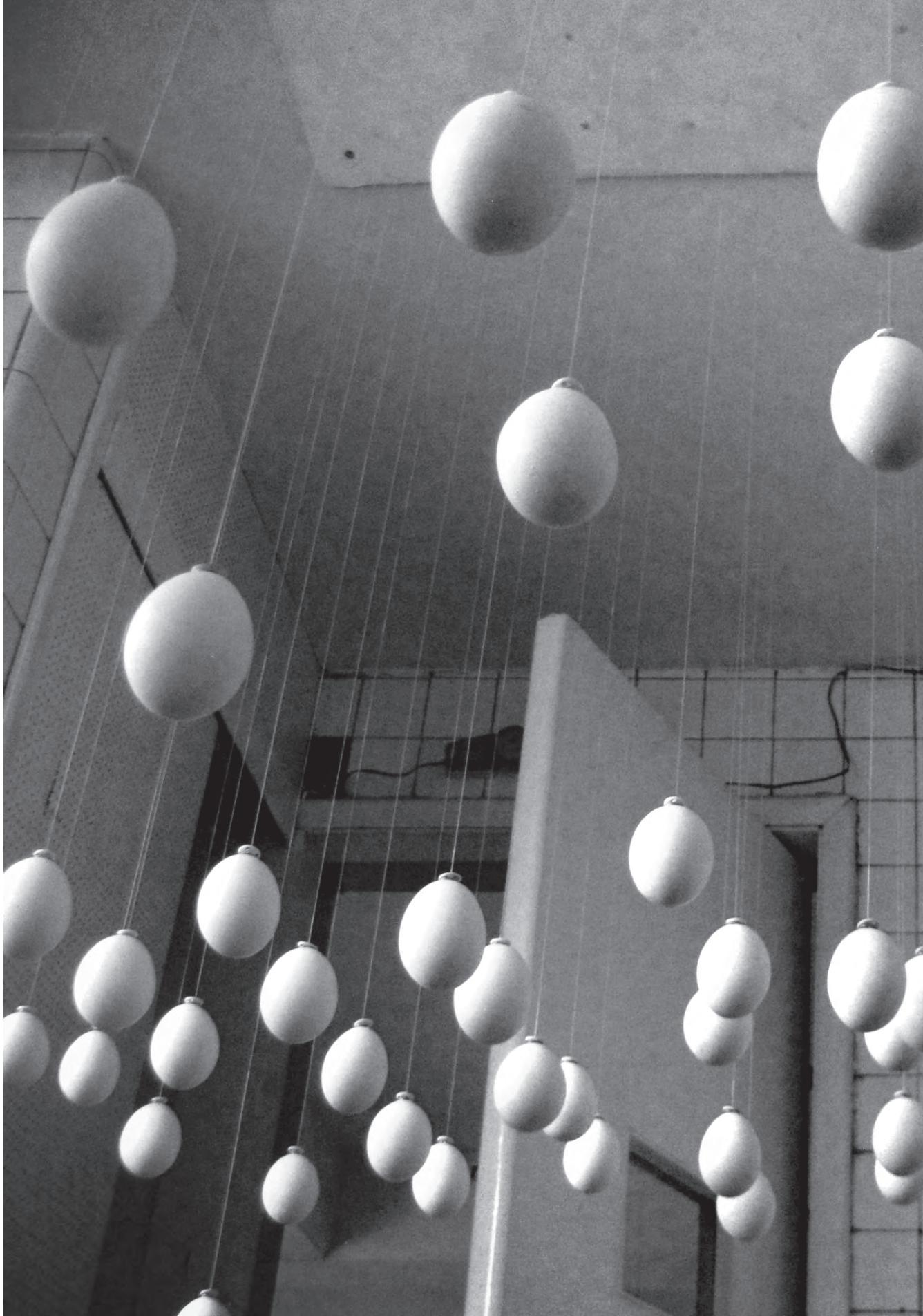
Simplemente sugeriremos que si convenimos en que el nombre introduce una falta, esa falta bien podría ser hermana de la palabra final que no puede ser dicha. Lo inefable que las palabras (de)velan pareciera rozar con *lo inasible del ser que los nombres (des)cubren*. Entonces sí, acabamos descubriendo que volvimos al principio. **P**

¹³ José Saramago, *La balsa de piedra*, Punto de Lectura, Madrid, 2007, p. 381.

¹⁴ José Saramago, *El año de la muerte de Ricardo Reis*, Seix Barral, Buenos Aires, 1984, p. 154.

¹⁵ José Saramago, *Manual de pintura y caligrafía, op. cit.*, p. 118.

De mañana en la cocina veo sobre la silla un huevo, instalación de 110 huevos en una cocina, 2010





Se escribe con X

Daniel Malpica

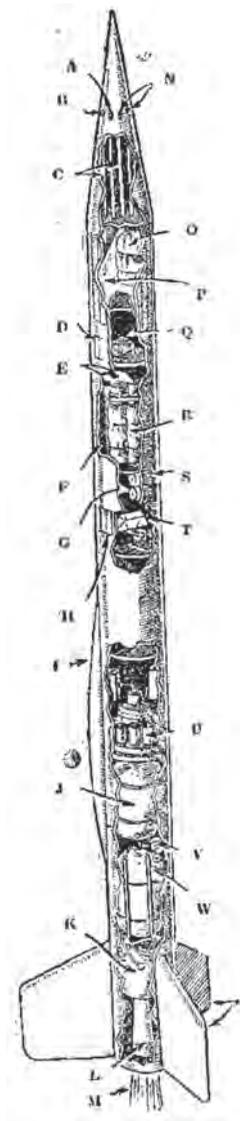


Fig. n+1 – Partes integrantes del cohete poemático o la estructura mecánica en la mirada de las nuevas generaciones presentes **WWCEPHEI**

A, B & N – Estas letras constituyen la cabeza, los pilares de la palabra **ABISNAUTA** / medidores del vacío / gases raros / Entrada y salida pierden relevancia cuando tan sólo existe un guión entre el espacio-tiempo: lo que podría nombrarse una metáfora del espejo de agua;

C – Estos conductos, estas cavidades recolectan el polvo meteorico, las esporas y ozono que se encuentran en el viaje: *El Abisnauta recorre planetas, sistemas de animateria, nano espacios... y en la medida que se levanta bajo nuevas atmósferas, nuevas bóvedas celestes cartografían sus propios mapas estelares: este texto es un astro;* **D** – Ventana: todas ellas existen para contemplar lo que está del otro lado y viceversa / cuando la arena sucumbe, la tradición, y la materia cede para dejarnos ver más allá; **E** – Medidores de rayos cósmicos, ultravioletas y vitales que soportan 1000es y 1000es (positivos y negativos) de grados centígrados (°C) e incógnitas (°?) / *Caemos sin vértigo / Los instrumentos con paracaídas son accionados por psicocontrol;* **F** – Los símbolos: resorte para abrir los paracaídas; **G** – Bolómetro (para lo sea que se ofrezca); **H** – Ventana: *De nuevo la mirada y el espíritu / la mirada y el corazón / la mirada y la mente;* **I** – Antena: *Y la señal nos llega desde los huesos vibrantes, desde los tuétanos primigenios, humanos, cuando la transmisión es una sucesión de momentos de diversas vidas, estructuras óseas, códigos genéticos;* **J** – *Jesús era un hombre de palabra, predicaba la salvación, la resurrección de la poesía. Su padre José fue, a su vez, un hombre Justo, Justo de palabra, como el universo, de palabra, digno de María. Dicen que cuando la crucifixión, contó por tres, de mano a mano hasta el centro de la corona: Combustible;* **K** – *Tú eres la cámara de combustión;* **L** – *Tubo de escape: Una metáfora prometeica*

Daniel Malpica (Ciudad de México, 1988). Poeta y narrador. Estudia Historia en la UNAM. Ha publicado en las revistas *Literal* y *Punto en línea*, y en el periódico *El Financiero*. Participó en la versión 2006 del Festival Poesía en Voz Alta en la Casa del Lago.

sobre el embudo-y-el-viento; **M** – Por el raballo del ojo: la expulsión de los gases: dice Cardenal que todas las cosas contienen algo de todas las cosas, que Platón lo sabía al hablar de los ojos que están hechos de estrellas: El zen hace un retrato perfecto: si existes es porque también, antes de ti, no-existes; **O** – Paracaídas: Sacado de otro abecedario en video, se nos dice que el escritor escribe “para” lectores, vamos, que el escritor escribe “a la intención de los lectores”, pero si damos por hecho que el escritor escribe para lectores también damos por hecho que el escritor escribe para no-lectores, es entonces cuando el escritor escribe “en lugar de los lectores”, así pues el “para” significa ambas cosas: “a la intención de” y “en lugar de”. Deleuze explica, en la entrevista, que el escritor también escribe no sólo a la intención sino en lugar de todo aquello que nos dice algo del mundo pero no puede expresar por sí mismo en el campo de la literatura: La universalidad de la Poesía; **P** – Nariz secundaria para inhalar hiperrealidades, vías lácteas; **Q** – Medidor de ionización lingüística; **R** – Incógnita Xii56ab07; **S** – Placa sensible; **T** – Espectroheliógrafo que registra el espectro solar a través de una ventana de vidrio especial, un filtro visual, como las visiones de fuego en la cabeza de Mahoma, pues la luz da matiz en el universo; **U** – Piloto automático donde la Gran Poesía del Mundo se encarga de orientar la voz del poeta sideral, como si acaso la sociedad intergaláctica no fuese un cúmulo de silbidos, de ocarinas vibrando susurros a penas de composiciones milenarias; **V** – Poema: Bomba de combustible; **W** – Oxígeno líquido; **X** – Aletas estabilizadoras: Punto donde convergen las scimas

Puentes

Claudina Domingo

All she asks is the strength to hold me.

Ian Curtis

Para Juan Domingo

ella exige gravedad para mi peso (me tiende un puente
para engañarla) escaleras (el ansia en los huecos)
(puente peatonal) subir pensando en no bajar traiciona
la belleza o el espejismo duda ¿reconciliación?
(amenaza) ¿la velocidad o el pavimento? (el cielo) una
sábana sucia hecha bulto en occidente releo mis
palabras (quiero unas que sean sólo para mí) trepida
(fluye) un río de colores breves silbidos (saetas)

(yo soy) el que desconoce la fórmula

espacio aéreo (tras una señal de Viaducto) la ciudad no
es de los peatones edificios autos y puentes (ciudad
dueña de sí misma) embriagada de velocidad y altura
combada en el cielo blanco (tras la lluvia) caminar
observado por sus ojos estrellados (piedras o puños en las
ventanas) cobijado o amenazado por la ruina o la
gloria del concreto (fluir de coches)

(es un juego de niños) sin futuro
recuerdo de un río (por eso el verde sobre la piedra)

De *Tránsito*, Fondo Editor-
ial Tierra Adentro, 2011.

el puente las catenarias los túneles (sólo faltan unas patas esbeltas y alas) desprenderse (al revés) decir “la gravedad y yo tenemos un trato” fuelles (levanta como llantas las patas) hilvana (ahí cuando no crees en nada) la sorpresa (si has contemplado enhiesto en la intoxicación el vuelo)

ella exige gravedad para mi peso (me presta un puente para engañarla)

de asbesto o de mugre (el cielo) (en un rincón azul) unas nubes blancas como el papel de mi cuaderno recuerdan “que hay un cielo” desde aquí (no existe la banqueta) (del otro lado) azoteas ventanas anuncios el barullo de las nubes inflamadas (hacia abajo) vértigo (hacia arriba) el vertical enclaustrado de los edificios la bóveda feliz (su inmensidad)

(el cielo no es un lugar aparente ¿será una realidad?)

zanates (bancas tranquilas) leer un libro columpios rojos (amarillos) subeybajas ¿cuánto es un lila más dos azules? intentar unas dominadas masticaciones de césped (podadoras) una rueda que gira (adrenalina en el canto de la herrumbre) eucaliptos junio el verano (¿desciende o asciende?)

(el dogma de tabique de oriente) sus cielos grises disipados en el aire abrir (como los ojos) el asombro de un niño sentado afuera del metro Hangares (disminuir) la velocidad con que se conduce esta línea “cambio de motor” casi se detiene en el aire o detiene al cielo (prende las luces) destella hacia abajo (claro ademán de reencuentro) abultado su vientre mamífero de torpe ráfaga que zumba “lleva en la panza

la caja negra” (por si se estrella) (otro avión) y otro
(con destreza y codicia) abrirse paso entre la ansiedad
(ansioso)
(y brillante de débil materia) exigir un poco de cielo

(izquierda) y derecha el vértigo (saeta) la
trepidación insistente (incesante) bájate
mejor tírate “abre las alas” (como tijeras) el sol les
da en los párpados (parabrisas) moscardones de teflón
“si no te subes” no puedes saber cómo es geranios ¿o
malvones? (blancos rosas lilas) un payaso que traga
fuego (en el semáforo) la plenitud del estío (su llama
ensalivada) en los bultos probables de las nubes

el cielo (esa cosa sucia bañada en almíbar)

figus (puente) para engañarla (para vencerla)
primero la curva (parábola de altura media) (¿de dónde
salen?) “de las sábanas revueltas de occidente” (luego)
un parpadeo de cíclope (corrige el ala derecha) prepara
como patas las llantas se enciende en cruz sobre
calzada de la Viga vértigo abajo (arriba y hacia el
frente) delfines (no zumban) roncan cansados

ella exige gravedad para mi peso (me acerca un puente)

Claudina Domingo (Ciudad de México, 1982). Ha publicado los libros de poesía *Miel en ciernes* (Praxis, 2005) y *Tránsito* (FETA, 2011). Ha colaborado con *El Financiero* y con el suplemento *Laberinto* del periódico *Milenio*. Obtuvo la beca de Jóvenes Creadores del FONCA durante el periodo 2007-2008, y su obra fue incluida en la antología *20 años de poesía. Jóvenes Creadores del FONCA* (Conaculta, 2010).

Involuciones

Víctor Mantilla

COSAS QUE NO SABEMOS POR QUÉ HACEMOS:

pensar en la mujer equivocada,
olvidar que venimos de la nada,
dejar los ojos viendo lo que vemos,

navegar en silencio sin los remos,
acosar a un cilantro en la ensalada,
atrapar en el viento una mirada,
negar que lo obtenido lo tenemos,

saltar todas las líneas de la calle,
dibujar infinitos con el dedo,
espulgarte en el cuerpo algún detalle,

conseguirme de cómplice a mi miedo,
pedirle a la poesía que me calle,
escribir un soneto porque puedo.

ES EL QUESO PANELA UNA DESGRACIA,
Un farsante molusco lactosado,
un pedazo de plástico aguadado,
rebanada tangible de falacia.

Contingente es en toda la ensalada.
Sabor incomparable es el manchego
el grande Roquefort, lengua de fuego
azul, Gruyere sin treguas con la nada.

Lo hacen asado a veces por hacerle
un favor al mediocre. Más disfruto
de, cremado en el fuego, ir a observarle,

indefenso, angustiado hijo de un fruto
tan noble como el lácteo. Inquisiciones
debe haber por tal queso y dar funciones.

Víctor Mantilla (Ciudad de México, 1982). Estudia Filosofía en la UNAM. Ha participado en los talleres de creación literaria de Alicia Reyes, Enrique González Rojo y Beatriz Espejo. Ha publicado en revistas como *Molino de Letras*, *Alternativa de Baja California Sur*, *Literal*, y en el periódico *El Financiero*. Participó como investigador en la *Hora Nacional*, en la *Guía Literaria del Centro Histórico* (INBA) y en el libro *El ocaso del Porfiriato* (FCE, 2011). Trabaja como editor en el Museo Nacional de Arte.

Icnocuícatl

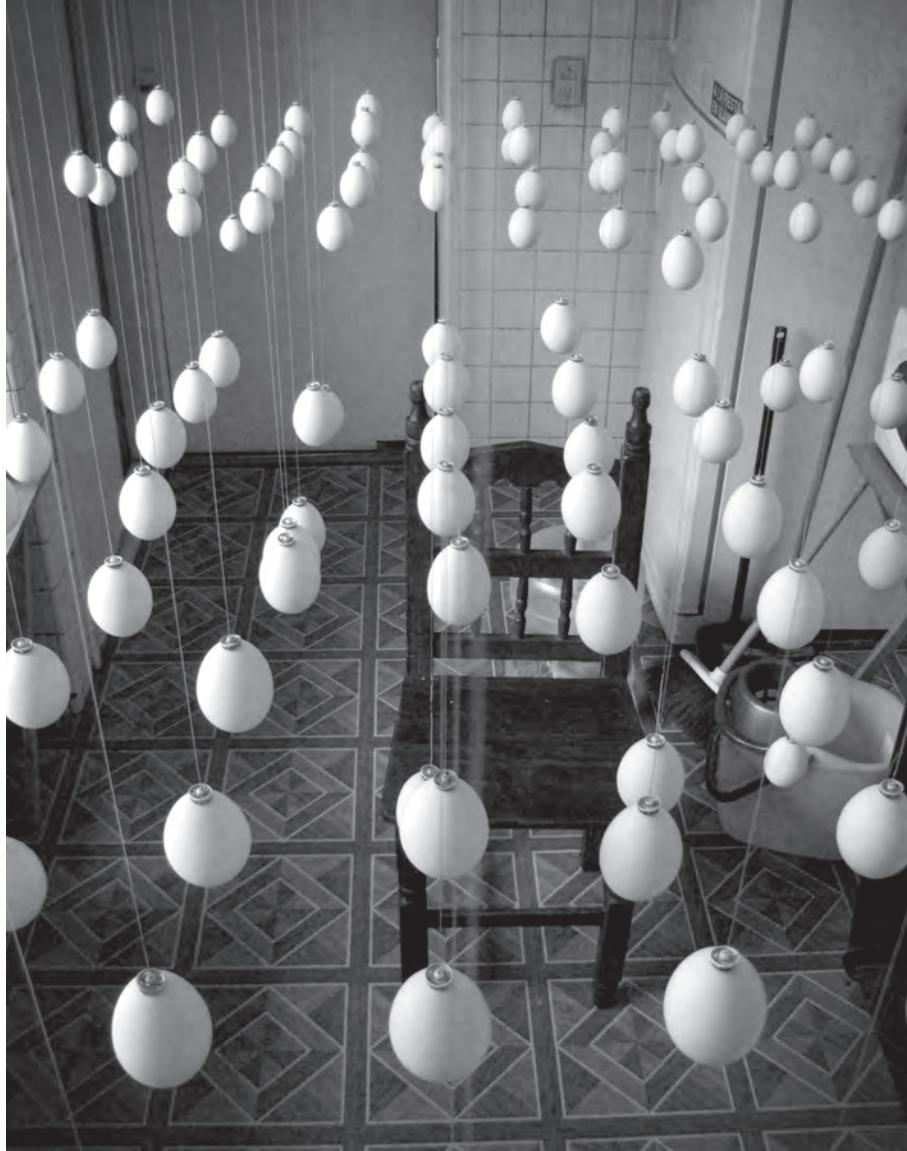
Gerardo Piña

Se ha detenido mi corazón en este instante. Perforo una esmeralda, fundo oro. Mi último aliento emerge con lentitud desde el centro de mi aire. Siento cómo se eleva ligero, deja caer mi cuerpo como si estuviera debajo del agua —tal vez estoy debajo del agua—. Mi sangre retrocede de sí misma, huye de sí misma como el cauce de un río que huye de otro hasta quedar rodeada de sí. Se resigna, se detiene. Estoy muerto. Un mar de tierra me inunda. Este peso infinito reitera la tierra de mi carne. Soy de tierra y de agua.

De todas las formas en que mi mente concibió el tiempo, el instante es la más insoportable. Puedo ver el silencio, casi puedo tocarlo. Yo, Nezahualcóyotl, señor de Tezcoco, he muerto sólo para vivir la vida toda entre la tierra. Veo frente a mí todo lo que existe y lo que ha sido. Quizás el gran Dios me está esperando —quizás el Dios es esta nada, el Dios que se ha creado a sí mismo—. Debo esperar a que me encuentre y me saque de esta niebla, de este mar pesado y frío como una loza. Yo no puedo buscarlo. Buscar al Dios es inútil porque Él es parte de todo; es como querer encontrar un canto sin ave. El Dios es el ave, el canto y la flor, y es también nuestro corazón que se alegra al escucharlo.

In Tloque in Nahuaque, tú eres el Dios verdadero. Sé que vendrás a detener este momento y a consolar mi corazón que no acaba de morir. No puede ser que no existas. No puede ser que esté muerto. No destrozará a tus hijos como Huitzilopochtli descuartizó a sus hermanos al nacer. Debes estar más cerca, Dios Único, porque el tiempo no pasa. Me veo de pronto alimentándome de tierra y de aire y de ti porque estás en todas partes. En todas partes te invocan, te veneran.

¿Acaso este tiempo resumido en mi pecho es obra tuya? Responde, Moyocoyani, tú que inventas todas las cosas. ¿Es al nombrarte cuando me separo de ti? ¿Son esta angustia y este canto parte de tu propia voz? Apenas lo cuestiono y mi estancia aquí en la tierra se dilata, se expande como un canto y llega a ti. Lo escucho, lo siento, aunque a la vez sé que soy yo el recipiente de mi propia voz. Me veo a mí mismo correr, invocarte de nuevo entre las flores; soy un niño que huye de los tecpanecas. Ellos quieren darnos muerte a mí y a mi hermano Tzontecochatzin. Los hombres de mi padre nos protegen, nos ocultan. Nos llevan a Tetzihuaactla. Nos han dejado en una cueva donde hace mucho frío. El olor de la cueva es como el olor de este momento: huele a metal y agua. Los tecpanecas nos buscan, nos persiguen, quieren darnos muerte. Nuestros guar-



*De mañana en la cocina
veo sobre la silla un huevo,
instalación de 110 huevos
en una cocina, 2010*

días nos esconden en Chiauhtzinco, en los peñascos de Cuaminacan, en la quebrada del Teponazco y finalmente nos llevan a Otonquilpan, donde nos dejan con Huahuatzin para que cuide de nosotros.

Los días pasan y yo pienso que ha sido en vano nacer, que nunca debí salir de la casa del Dios y venir a la tierra. Soy un mendigo entre los príncipes y no sé quién soy en realidad porque ignoro mi destino. ¿Cómo habré de vivir entre la gente? Acaso tendré que huir por siempre mirando hacia abajo. Obras sin consideración, Dador de la vida. Estoy solo entre la gente y a tu lado. ¿Es sólo angustia lo que sigue a la muerte y precede a la vida? Estamos solos entre el cielo y la tierra. Somos menesterosos, mendigos de un final.

Renace una imagen de hace años en esta oscuridad. Soy un niño en esta cueva. Alguien viene a avisarnos que Itzcóatl ha enviado por nosotros para llevarnos a otra parte. Es de noche. Mi hermano sube a la barca que habrá de llevarnos con él, pero yo no logro alcanzar el otro extremo de madera. Resbalo y caigo dentro del agua. Desciendo

hasta el fondo del lago (quizá nunca salí del agua, quizá nunca hubo otra cosa). Mi cuerpo sigue hundiéndose, pero yo lo veo descender desde otra parte. Entre las plantas y las rocas, a la entrada de una gruta, están los dioses. Me sonrían y me llevan envuelto a través de la neblina, hacia el monte Poyauhtécatl.

Ayuno un día completo en este lugar. Los dioses me cubren con sangre de hombres sacrificados, me bañan con agua del ardor divino y me dicen que seré emperador y que la ciudad de Azcapotzalco, donde reina el asesino de mi padre, será vencida. El Dios me toma de la mano y ésta se pierde en la suya, se confunden. Dibuja en el aire un círculo de aire y manipula mi brazo como si guiara mil hombres a la lucha. Como si dirigiera el ritmo de la luna y del mar, y cuando estoy sobrevolando un ejército infinito, me deja caer. Huahuatzin y mi hermano me toman de los brazos, me sacan del agua, me suben a la barca donde permanezco inmóvil. Dicen que estoy muerto. ¿Cómo puede simultáneamente un muerto pasar un día junto a los dioses y unos segundos bajo el agua?

Una noche tuve un sueño en el que descubría a Coyohua, uno de mis hombres, intentando asesinarme. Se aproximaba a mi lecho con sigilo, tendiendo una cuerda entre las manos mientras alguien, muy cerca, se acercaba al lecho del emperador también dormido. Viene acompañado de dos hombres. Los súbditos no escuchan nada. Cuando está a pocos pasos de mí doy un grito desde el sueño que me hace despertar. Sorprendo a un hombre que huye, en la oscuridad tropieza y cae cerca de la puerta. Me acerco a él y veo a Coyohua. Le pregunto por qué ha querido matarme y responde que ha sido por el trono de Tezcoco. Tezozómoc le había prometido hacerlo príncipe si me mataba. Esa misma noche Tezozómoc es asesinado por su propio hijo, Maxtla. La muerte —planear otra muerte— es sembrarla a ciegas. Quizás la muerte sea una broma y aunque pienso en una historia —mi propia historia— al mismo tiempo nada ocurre. Todo es oscuridad aquí. Vuelve lo que alguna vez sucedió. Me veo burlando la muerte a manos de los soldados de Maxtla y después de Yancuiltzin, mi propio hermano.

Tantos intentos infructuosos por matarme han intensificado mi persecución. Al llegar a Coatlan veo a mis enemigos acercarse por el otro extremo de la avenida. Una vendedora de chía me oculta dentro de los manojos y los soldados pasan sin mirarme. Coácoz, jefe de un ejército otomí, me esconde debajo de un tambor mientras sus hombres animan a los asesinos en su búsqueda entonando canciones de aliento. Llego a Tetzcotzinco donde paso tres noches en una cueva; en Metla y Zacaxachitla me visto de mujer; en el lago de Tlecuílac soy agua; en Tepepulco, tierra; en Colnapanolco un manto de lluvia me cubre entre la lluvia y en Calpolalpan un jaguar me esconde en sus entrañas. Estoy a salvo otra vez.

Hoy es Ce Hollin Micailhuitzintli. Este día entro con mis hombres a Tezcoco para derrotar a Maxtla. Hoy soy Acolhua Tecuhtli.

Una nube, un aire que es un eco del aire se filtra por las casas, por los ojos, y llega hasta mí que canto como si fuera un poeta. Han pasado varios años y mi único atavío son estos cantos. De cantos y de flores nos vestimos, nos hacemos aquí en la tierra. El canto de los poetas es lo único verdadero junto con el jade, el oro, las flores y las

plumas del quetzal. Ojalá nuestros cantos permanecieran como las aves. Ojalá que los huéhuetl y teponaxtli no dejen de tocar. Que no cese el canto de las sonajas, flautas y caracolas. Que no deje de cantar el poeta cuyo corazón es un ancho plumaje; el brillo más puro del jade, su palabra. Sólo por un instante existe el canto porque la felicidad y la dicha apenas duran. Se detienen sólo un momento. No así la tristeza, el hambre ni la guerra. La guerra es la unión del día y la noche, en ella la luz y la oscuridad son una misma sombra; en ella se hacen añicos los príncipes, se destrazan las águilas y los tigres.

Recuerdo a mis hijos. Tuve sesenta hijos varones y cincuenta y siete hijas. Ahora que he muerto veo sus rostros: Izelcoatzin, Ichautlatoatzin, Axoquentzin, Acamapi-poltzin y Xochiquetzaltzin. Veo también a Nezahualpilli quien será arquitecto, astrónomo y poeta.

Veo nuestros templos, mi palacio, nuestros libros y todas las cosas que el Dador de la Vida ha pintado con sus flores. Veo todos los cantos coloridos que se van desdibujando en la gran pintura que es el mundo. Hemos venido a la tierra sólo como flores en la gran pintura del Dios. Nosotros también nos iremos borrando. Nadie habrá de convertirse en oro, esmeralda o pluma de quetzal ni será eterno en la tierra. Igual que el zacuán, el azulejo y el quetzal que mudan de plumaje, nos desprenderemos de nosotros mismos. Águilas y Tigres regresarán a la casa del misterio, a la tierra de las nueve casas. A la soledad única del tiempo.

El tiempo no es otra cosa que un valle interminable. Este valle donde camino y pienso en mi soledad. Donde encuentro a Cuacuauhtzin, señor de Tepechpan, y a Azcalxochitzin, su prometida, la mujer más hermosa que he visto. En ese instante —en este instante— veo en esa mujer mi vida, la suya, el jade y un imperio. Un aire de flores me llena y ocupa el espacio. Me retiro de casa de Cuacuauhtzin tras agradecer el convite inmerso en un silencio compartido.

Una semana después preparamos una guerra para atrapar hombres y ofrendarlos a los dioses. He hablado con dos capitanes tlaxcaltecas. Les pido que den a Cuacuauhtzin un cuidado especial. Lo digo mientras pienso en Azcalxochitzin, su mujer.

Cuacuauhtzin compuso un canto de despedida al intuir su muerte. Se despide de todos los príncipes y alude a nuestra amistad de modo ambiguo. Parece reprocharme algo. La vejez y el destino no son fáciles de aceptar, por eso el señor de Tepechpan actúa de modo extraño. Cuacuauhtzin muere destrozado por guerreros tlaxcaltecas en los primeros momentos de la guerra.

Los traidores y espías habrán de morir descuartizados. Los adúlteros serán apedreados. Los ebrios morirán a golpes. Se hará al ladrón esclavo del robado. En casos de traición se destruirá la casa del criminal y todos sus parientes serán descuartizados.

Mi matrimonio con Azcalxochitzin es el inicio del esplendor del reino de Tezcoco. Dirijo los proyectos de construcción de todos los acueductos, plazas, jardines, templos, palacios y avenidas. En Tezcoco se componen grandes cantos y poemas; nunca antes la escultura y la pintura han estado más cerca de las flores, en ningún lugar existen músicos y bailarines más virtuosos que en Tezcoco. Nace mi hijo Tetzauh-piltzintli. He mandado hacer pozos y acequias para traer el agua dulce. He diseñado el

bosque de Chapultepec. He inaugurado dos zoológicos y he construido la cerca de madera y piedra que habrá de salvar a Tenochtitlan de las inundaciones inminentes. Todo esto lo he hecho en memoria de mi padre y de la nobleza tolteca-tezcocana. Si la nobleza es como un templo, yo he construido un palacio dentro de un templo.

Nada como el devenir, como las horas que desdibujan cualquier cosa que poco antes resaltaban. Hoy, es el año cinco-casa y una plaga de langostas devora los campos y cosechas. Es el año seis-conejo; el hambre comienza a reinar en mi pueblo. Es el año diez-conejo; no deja de nevar en varios días. Las más de las casas se derrumban, se pudren; los sembradíos y las arboledas se destruyen. Una epidemia de resfriados está matando a mi pueblo. Es el tercer-año-del-hambre. Bestias, zopilotes y otras aves de rapiña se expanden por Tezcoco y llegan hasta Chalco. Mueren hombres, mujeres, jóvenes y viejos por igual. La Luna ha derrotado al Sol por una tarde y todo se viste de sombra. Repartimos entre la gente las reservas de maíz que teníamos para doce años. El hambre no cesa. Las sequías han durado demasiado.



De mañana en la cocina veo sobre la silla un huevo, instalación de 110 huevos en una cocina, 2010

¿Por qué no termina este castigo? No es la muerte lo que me aterra sino la posibilidad de que no haya un final. El sufrimiento habría de continuar por siempre una y otra vez y sólo cambiaría de forma. He compuesto sesenta y siete cantos en estos cuarenta días de ayuno. Hago oración cuando sale el Sol, al mediodía, cuando se oculta, y a la mitad de la noche. Tengo conmigo sahumerios de mirra y copal. Sólo espero una respuesta tuya Tloque Nahuaque. Quisiera morir y que sólo un vacío me esperara. Que yo fuera de agua, ave de agua, canto en el ancho cerco del agua, que estuviera mi corazón en la ribera de los hombres. Que pudiera matizar mis propias flores, las flores que embriagan a los príncipes de las nueve corrientes en la tierra del agua que florece. Que estuviera vestido de jade y de quetzal entre las aves, que mi canto fuera mi propio corazón para ser por él recordado en la tierra y que extendieran mi cuerpo en una estera de flores amarillas y que no fuera la guerra tu oro, tus flores, Dios que sólo quieres de mí la muerte al filo de obsidiana, la muerte en la guerra. Te muestras a los hombres siempre al borde de la muerte. Te miramos apenas entre el polvo levantado por el choque de escudos, entre la niebla de dardos que se tiende entre tus flores —en esta tierra que es nuestro olvido y tu canto—. Lloro y me aflijo y hago memoria de los nobles que fueron quebrantados como a un tiesto, de los que vinieron a ser reyes, a embriagarnos con sus cantos y al final como plumas de ave, como plumas de esmeralda se hicieron añicos. Si al menos supiera que me escuchan, si al menos pudieran oírme y venir aquí a mi lado para engrandecer éste su reino, su casa. Pero este canto es vano, no es de flores ni de pájaros; es icnocuícatl, un canto de orfandad, un himno de vértigo y de sombras.

Tloque Nahuaque, tú eres el Dios verdadero, el dueño del cerca y del junto. Tú, Moyocoyani, eres porque a ti mismo te inventas, porque en ti sólo el presente reina. Eres el tiempo porque estás en todo lo que ocurre y todo lo que ocurre es inmediato. Tloque Nahuaque Ipalnemohua, sólo tú eres verdadero. Tú eres este ahora, este año Chicua-ce Técpatl en que he muerto. No veo el Mictlan con su río. Un perro debería ayudarme a cruzarlo y después dejarme solo con mi destino, pero aquí no hay nada.

Tal vez todo está comenzando. Mi vida y mi muerte apenas van a ocurrir y no hubo nunca algo como el tiempo ni las flores. Hay agua en esta densidad, en esta oscuridad dolorosa y paulatina. Siento que algo —el filo de una obsidiana— se desprende de mi carne. Mi cuerpo se distiende (el centro de mi cuerpo es un fuego diminuto). El dolor acaba de cortar en dos este presente y alcanzo a ver una sonrisa que más parece un llanto dibujado entre esta niebla que no acaba, pero que comienza a disiparse hacia dentro. Soy de niebla y de tiempo. Veo por fin el tiempo. Veo a Cuacuauhtzin empuñando una obsidiana. Me dice algo sobre mí y su esposa, sobre una traición. Se aparta de mí con la mano ensangrentada, con algo de mi sangre en la suya. Parece un loco, parece un muerto asesinando a otro muerto. 📍

Gerardo Piña (Ciudad de México, 1975). Estudió la licenciatura en Letras Hispánicas en la UNAM y el doctorado en Literatura Inglesa en la Universidad de East Anglia. Escribe teatro, novela, poesía, ensayo y cuento. Ha sido colaborador de *Punto de partida*, *Crítica*, *Laberinto* y *Casa del tiempo*. Entre sus publicaciones destacan el cuentario *La erosión de la tinta* (Cuadernos de Literatura Fantástica, 2001); el libro colectivo *Moscas, niñas y otros muertos* (ediciones de punto de partida, 2004), y las novelas *La última partida* (Tusquets, 2008) y *La novela comienza* (ediciones de punto de partida, 2011). <www.gerardopina.mx>

Mantarrayas

Esteban Govea

Estaba sentado en el catre de la celda cuando entró mi abogado, Schiffer. Hombre pulcro, cabello corto, buenos modales. Me pidió que lo siguiera. Caminamos por un pasillo largo y bastante ancho; no parecía que estuviéramos en un ministerio de justicia sino en un museo: había algunas pinturas al óleo, con toda seguridad requisadas a algún ricachón en los años de la Gran Reforma, y también una serie de bustos de próceres recientes, como Von Haussenberg y el mismo Doctor Silesius.

Llegamos al final del pasillo y nos sentamos en unos sillones de piel sintética; al fondo, empotrada en la pared, había una pecera de enormes dimensiones, muy

bien balanceada en cuanto a fauna y flora fluvial, que alojaba principalmente peces autóctonos. Schiffer parecía incómodo con el silencio; me preguntó, un poco para pasar el rato, por uno de los peces, un *flowerhorn* color púrpura. Parecía llamarle la atención la giba que el pez llevaba con orgullo en la cabeza. Le dije que provenía de Malasia y que era agresivo y monógamo. La conversación no dio para mucho más. Schiffer parecía nervioso por la espera, a fin de cuentas, estaba a punto de recibir un oficio del Ministerio donde se decidiría mi suerte. Yo no entiendo una palabra de derecho, así que me dediqué a mirar con atención los peces trajinando en la pecera.



De la serie *Evisceraciones: Pelites* (tríptico), tinta/papel, 110 × 225 cm, 2009



De la serie *Evisceraciones: Discrasias*, tinta/papel, 14.5 × 20 cm, 2010

Estaba en el acuario de la primaria, introduciendo un *Scatophagus argus* hembra que habían traído de los arrecifes de la isla. En la televisión, la presidenta Antoinette St. Pierre daba su discurso de reelección. Principalmente daba gracias al pueblo de Lurma por haberla elegido para otros dos años en el referéndum de noviembre. Anunciaba la preocupación oficial de que todos los habitantes alcanzaran un nivel de vida óptimo. Como no había demasiados recursos en la isla, era importante idear políticas públicas conducentes a la realización no económica del individuo. Por esta razón dotaba de nuevas atribuciones al Ministerio de Bienestar, dirigido por el doctor Silesius. Ya no sólo se encargaría de rehabilitar a los adictos y a los mendigos y de alfabetizar a los pobres, sino que ahora tendría un papel activo para buscar la felicidad de todos los ciudadanos, por eso lanzaban el Programa Silesius de Iniciación Familiar: algo así como un apareamiento selectivo, garantizado por una super-

computadora desarrollada en la Universidad de Lurma: porquería fascista. También se reforzarían los programas de vivienda. Yo no prestaba demasiada atención; las políticas públicas me tenían sin cuidado. En ese momento apareció mi asesor psicológico, cruzó la puerta y me dio los buenos días.

—¿Cómo has estado, Auguste? —dijo.

—Bien, bien.

—No has vuelto a beber, ¿cierto? —me preguntó lanzando una mirada inquisitiva.

—Ni una gota.

—Me da gusto. Es bueno verte reincorporado al trabajo.

Asentí al tiempo que extendía la mano para recibir el formato que él llevaba. Lo firmé y se lo devolví.

—Gracias —dijo, ceremonioso— nos vemos dentro de quince días, si no quieres que hablemos de algo.

—Estoy perfecto —dije.

Cuando aquel tipo se fue no pude evitar un suspiro de hastío. Cada vez que venía a hacer su revisión quincenal me recordaba los tres meses que estuve encerrado en el centro, aguantando su cara condescendiente mientras me escuchaba durante el psicoanálisis y anotaba en su libreta con pluma crepitante. Y recordaba el fastidio sin fin de las pruebas psicológicas:

—¿Qué ves en esta mancha, Auguste?

—Un par de tetas.

Era horrible.

Pero al menos me sentía cómodo trabajando de nuevo, incluso hice amistad con algunos de los estudiantes de la primaria. Uno de ellos era de mi particular agrado, Edmond, niño rechoncho y pecoso, de unos nueve años. Aparecía al menos dos veces por semana con su gorra amarilla y su ajedrez de plástico. Los amigos nunca me importaron tanto por su apoyo moral como por su competencia ajedrecística. Por razones que desconozco —o que no me gustaría revelarme a mí mismo—, suponía que la única compañía realmente afortunada era la de una mujer —yo nunca había tenido una mujer, a excepción de las prostitutas en mi adolescencia y adultez temprana—.

¿Merecía yo ser amado? Siempre pensé que no —ahora estoy convencido de ello—. . . El mérito para el amor me era algo inaccesible; una suerte de encanto que brillaba tras los ojos de los vecinos de la colonia, de los soldados en los desfiles, de los muchachos con hombros de amplitud atlética que llevaban a sus novias del brazo por el parque, era un cierto carácter de rebelión barbárica, era algún detalle ínfimo como la presión ejercida al estrechar una mano o el gesto al sacar los pódaros de la

cartera y muchas otras cosas que yo, según testimoniaba la experiencia, no tenía.

Al principio, cuando se es ingenuo, se persiste. Pero yo no. Me adscribí bien pronto a la idea de la soledad. Pero el resultado no fue práctico. Por la mañana trabajaba con regularidad en el acuario de la escuela, pero desarrollé una especie de insomnio enfermizo, sólo reversible mediante el alcohol.

Schiffer entró a la pequeña oficina que teníamos delante y cerró la puerta tras él. Yo no sentía nerviosismo, sabía que merecía el castigo y que no había posibilidad de que no lo hubiera. Al cabo de un tiempo que no podría cuantificar, Schiffer salió y se dirigió hacia mí. Para mi sorpresa, su cara estaba más fresca que antes, incluso diría radiante, si no fuera un adjetivo exagerado para un hombre inexpresivo como Schiffer.

—No pueden proceder legalmente, Auguste —me dijo, mientras sostenía el fólter que le habían entregado en la oficina.

—No lo entiendo. . .

—Están en un pantano legal. O mejor: en una cloaca legal. Si proceden en tu contra tendrían que destapar la cloaca y se pondría en evidencia la ilegalidad en que incurrió el Estado.

No pude contener mi sorpresa, todo aquello era extraño; parecía una trampa.

—¿Y qué harán conmigo? No pueden dejarme libre así nada más, ¿o sí? He roto el contrato social, merezco ser castigado. No entiendo nada —sentía un ejército

de hormigas por la piel, hormigas ardientes, el sudor empezó a manar de mis poros enloquecidos, sentí como si mi cuerpo despidiera un olor a cadáver.

—Lo hiciste, es cierto, pero piensa por un momento que sólo lo hiciste porque estabas con ella. Es decir, si no la hubieras conocido, no lo habrías hecho —dijo atropelladamente, con un dejo de ansiedad en su voz.

—Eso es una perogrullada...

—Vendrá un funcionario pronto, el licenciado Marcus. Él hablará contigo. Piensan que mereces una explicación.

Pedí estar solo un momento. Schiffer asintió y entró de nuevo a la oficina, aunque probablemente sin un objeto en particular. La incertidumbre se apoderó de mí. Las categorías conceptuales tendían a borrar sus líneas fronterizas. Era capaz de pasar indistintamente del concepto de felicidad al concepto de peligro, del concepto de amor al concepto de eutanasia, de aburrimiento. La totalidad de mis ideas se mezclaba en un convulso vaivén. Habría dado mi brazo derecho a cambio de un vaso de vodka. Lo único que quedaba era pensar en algo tranquilizador. En el trabajo. En los peces. En una tortuga parsimoniosa con ojos de abuelo.

Con cierta regularidad, una muchacha de ojos azules iba a la primaria. Trabajaba en un comité ciudadano. Era responsable, entre otras cosas, de mantener informados a los ciudadanos de nuestro distrito sobre las disposiciones estatales. También conducía encuestas de vez en cuando, o llevaba boletos para rifas del partido. Como

siempre la había visto en la recepción, me sorprendió que se apareciera por el acuario. Llevaba un fajo de papeles. Me sonrió y sus ojos parecieron sonreír con ella. Me puse algo nervioso y por esa razón mi tono resultó demasiado formal, burocrático diría. Le pregunté qué necesitaba. Ella contestó que venía a darme un boleto para la rifa de una pequeña casa de playa. El gobierno la había expropiado a un ex funcionario que había hecho millones con la especulación de caña de azúcar. No era gran cosa, pero el Ministerio de Bienestar estaba dando preferencia a los sujetos de sus programas de rehabilitación. La explicación de la muchacha me avergonzó. No debí joder mi vida con eso —pensé—, ahora ella sabe que soy un borrachín más. Vacilé un momento. No quería pasar por un malviviente que necesita de la caridad pública. La miré una vez más. Tenía unas tetas espléndidas, pero sus ojos acaparaban mi atención. No pude negarme y compré el boleto por casi nada, apenas veinte o treinta pónzaros. Pensé en pedirle a la chica su teléfono, pero no tuve los arrestos.

Mi boleto resultó premiado en algún sorteo televisivo del que nunca me enteré. Mi apretón de manos con un tal Johnson, ejecutivo de la compañía organizadora del sorteo, salió en el periódico del distrito. La casita quedaba del otro lado de Lurma, por lo que pedí unos días libres en la escuela, con el objeto de decidir si era pertinente solicitar el traslado a un empleo más cercano a mi casita nueva. Además, tenía que decidir si iba a dejar de una vez por todas el pequeño departamento que rentaba y en el cual los recuerdos de mi alcoholismo y de mi tristeza se habían vuelto parte del ambiente, que cada vez soportaba menos.



De la serie *Evisceraciones: Catalepsia*, tinta/papel,
110 × 75 cm, 2009

Decidí quedarme unos días en la casita sin saber qué hacer.

En cierta ocasión, me descubrí evocando los ojos azules de la muchacha de los boletos. Me levantaba a mitad de la noche, me servía un jugo de mango sin vodka y salsa al pórtico. Trataba de encontrar el tono exacto de sus ojos en esa multitud convulsa de matices azules sobre las mareas. A veces lo conseguía justo antes del amanecer, cuando en el horizonte los azules más lejanos se vuelven tonos de amatista.

Pronto comencé a anhelarla —no sé si a ella, a la muchacha de los boletos o a alguna mujer difusa—. Para poder dormir, me imaginaba acompañado. Cuando me iba a acostar, pretendía que la muchacha me estaba tomando de la mano y dormía junto a mí. En ciertas oca-

siones en que a mi memoria le faltaba capacidad de evocación, me angustiaba por el carácter indefinido de los rasgos de la mujer que veía en mi cabeza. Más un contorno, una síntesis de mujer. Esa mujer de mi cabeza contenía dentro de sí multitud de mujeres, era La Mujer y operaba dentro de mí como los ideales en la gente sin esperanza.

En el paroxismo de mi soledad me reprochaba muchas veces mi obstinación por hacerme con la compañía de una mujer. ¿Por qué no podía ser feliz solo? No lo sé, pero no podía.

Cierto día tocaron a mi puerta. Era Johnson, que venía a entregarme una membresía para el club diplomático de la zona residencial donde estaba mi casita. La acepté sin aspavientos. Al cabo de una semana de insomnio recibí una invitación para una fiesta de bienvenida a los nuevos vecinos. Pensé que sería interesante salir de mi encierro.

Entré a la casa-club, que era donde aquella caterva de hombrecillos de narices respingonas se congregaba para menear sus vasos de whiskey y adularse con descarado. Quedé sorprendido por los niveles que aún alcanzan la opulencia y la falsedad de esa gente, en completa contradicción con las arengas del partido que nos aseguran el absurdo y fracaso *a priori* de vivir consagrados a la acumulación. Me sentí al instante repelido por aquel grupo y, cuando me proponía regresar a casa hacia la medianoche, advertí con cierto agrado la existencia de peceras innumerables que flanqueaban el corredor de una enorme estancia. Me demoré cosa de quince minutos en el primer vistazo. Tenían algunos peces que jamás había visto. Decidí quedarme un momento para tomar algunas

notas sobre sus tamaños, colores y movimientos. Pero no era el único. Había tres o cuatro concurrentes más. Advertí detrás de mí la presencia de una muchacha inclinada sobre una pecera que contenía una mantarraya indiferente. Me acerqué sin dudarle y dije hola; surgió una conversación casual sobre la mantarraya, que se había aproximado al vidrio de la pecera hasta tocarlo con su nariz. Ella dijo que sólo cuando yo me puse frente a la pecera la mantarraya había advertido que tenía visitantes. Reí y platicué con ella sobre las mantarrayas. Ella me contó que en Filipinas y algunos lugares de Centroamérica, adonde ella había ido algunos años atrás, eran consideradas una exquisitez. Fingí que no lo sabía y seguimos platicando otros detalles sobre los peces.

Se llamaba Ofelia. Y aunque tenía mayor gracia y refinamiento que yo, también era ajena al ambiente de la casa-club. Venía de una familia de abogados de oficio, había estudiado biología marina por dos años y le fascinaban los peces tanto como a mí. En alguna ocasión me dijo que algo en ellos parecía hacerlos mucho más libres, pues podían moverse en tres dimensiones, a diferencia de los humanos, que por lo general sólo lo hacemos en dos. Refímos de su explicación largo rato. Me parecía a mí falta de cierto rigor conceptual. Jamás nadie me había postulado la libertad en términos de dimensiones espaciales, pero sí en términos de capacidad de acción. Supuse que ambas cosas serían muy parecidas para un pez.

Ofelia me iba a visitar todos los días a mi casita. Vivía más adentro, en la ciudad y, cosa curiosa, había ganado la membresía del club en un sorteo. Le conté cómo mi vida en ese momento también se debía a un sorteo. La



De la serie *Evisceraciones: Apnea*, tinta/papel, 110 × 75 cm, 2009

abrumadora sensación de coincidencia con ella me movió a elucubraciones metafísicas. Ahora cualquier asunto intrascendente era un milagro, puesto que sabíamos verlo así. Y esa noción de *milagrosidad* en nuestra vida se convirtió en la mejor prueba de que éramos el uno para el otro.

Logré que me transfirieran a un acuario turístico en el distrito donde se encontraba mi casa. En cuestión de meses, Ofelia y yo nos volvimos muy cercanos. Ella pasaba temporadas largas en mi casa y sólo volvía a la suya para realizar pagos o arreglar asuntos. El asesor psicológico me visitaba ahora cada vez menos, en parte porque el tratamiento se encontraba en una fase estable y en parte porque mi casa quedaba a considerable distancia del centro de rehabilitación.

Mi insomnio cesó en seco; ahora de verdad podía

dormir con la mano de Ofelia sobre la mía, o incluso dormir sin ella. Los domingos por la mañana alquilábamos un bote de remos y nos dirigíamos a un islote que quedaba a media milla náutica de la costa. Ahí improvisábamos días de campo y de vez en cuando hacíamos el amor a la intemperie, lejos de las miradas penetrantes de la civilización. Por las tardes regresábamos a la casa y jugábamos al ajedrez. Al principio Ofelia no era muy buena, pero con el tiempo y la práctica, llegó a ganarme casi cada partida.

Ofelia trabajaba como fotógrafa submarina para libros de texto y publicidad turística. Su trabajo me alegraba a mí tanto como a ella. Me enseñó a bucear y a no tomar fotografías fuera de foco, y los dos comenzamos a pasar mucho tiempo en aquella isla y sus alrededores, buscando nuevos peces que fotografiar.

Una mañana me levanté muy temprano; Ofelia dormía tendida frente a mí como un paisaje. La miré un momento. Tenía los ojos serenamente cerrados y la boca quieta. Extendí la mano para acariciarle el cabello, pero no lo hice por temor a despertarla. Fui a la cocina y le hice el desayuno. Volví a la recámara con una bandeja de madera. Ella seguía dormida, de modo que agité un poco la bandeja para hacer tintinear los trastes; Ofelia amaneció con lentitud, se talló los ojos y esbozó una sonrisa enorme antes de decir buenos días. Pasamos el día en la cama, retozando, viéndonos el uno al otro como si nos acabáramos de descubrir.

Cuando ella terminaba los encargos de su empleo, jugábamos ajedrez. A menudo me sorprendía su capacidad para predecir mis jugadas. Llegué a considerarla una más de sus virtudes, de hecho, la más notable. El modo

en que su juego se ajustaba al mío contribuyó al principio a fortalecer esa noción de milagro entre nosotros. Parecía que estuviéramos conectados, como si nuestras mentes operaran con la sincronía de dos relojes, frente a frente, dando el mismo tic y el mismo tac en el mismo segundo del mismo minuto de la misma hora. Con frecuencia, la sorprendía realizando la jugada exacta que habría hecho yo, por complicada que fuera. Ella sabía muy bien lo semejantes que eran nuestros juegos; por eso jugaba, solamente, como si debiera anticipar lo que yo iba a hacer, como si hubiera aprendido a anticiparse a sí misma. Para mí no siempre fue viable esa posibilidad de obtener la victoria. Yo no asumía en ella mis propias jugadas, sino que me esforzaba por prever varias alternativas y sólo ahora que reflexiono me doy cuenta de que pude haber estado jugando contra mí mismo como pretendía hacer ella.

Podría describir nuestra relación con esa frase. Como un juego contra uno mismo. Éramos dos combatientes atados al mismo destino por su igualdad, por sus respectivas limitaciones inexorables —porque ambos estábamos maniatados ante lo mismo, el destino si se quiere—; éramos iguales en esencia, del mismo modo que ambos ejércitos en el ajedrez son en esencia el mismo ejército pero, por azares del destino, uno es negro y otro blanco. Era una afinidad eterna, siniestra, la que teníamos. Compartíamos todo y todo nos era común, desde nuestro gusto por los peces hasta nuestros destinos unidos. Éramos casi una misma esencia en dos cuerpos diferentes pero complementarios —como el andrógino de *El banquete*—. Sólo que estábamos juntos, juntos en una mismidad separada.

Una tarde de ajedrez, ella dismanteló una jugada maestra que de otro modo habría devenido jaque mate en cuatro turnos. Había puesto mucho esmero en disfrazar mi jugada, pero logró leerme. Tiré las piezas con el dorso de la mano, mugué de cólera y salí al pórtico. Ofelia permaneció impávida ante la mesa.

Estar parado en el pórtico, mirando el océano, me hizo evocar los ojos azules de la muchacha de los boletines. Ofelia, al igual que yo, tenía ojos cafés. Siempre tuve una admiración casi reverencial a los ojos azules —alguna metedura de pata en mi psicología, probablemente—, me parecían más abiertos, radiantes y de una ternura anómala. Los ojos azules de la muchacha del mostrador eran los más memorables que hubiera visto. Volví a recordar sus matices bajo la luz del mostrador, antes y después, y a tratar de encontrarlos a todos en el oleaje, como antes. Pero no encontré consuelo. Ofelia y yo teníamos las mismas jugadas, las mismas pasiones, los mismos ojos cafés.

Ni siquiera ahora atino a comprender a cabalidad el sentimiento que se apoderó de mí. Me sentí desconcertado, mi mente se nubló con una suspicacia indefinida que se extendió dentro de mí como el miasma cálido de un cuerpo a media putrefacción. La odié en ese momento, la odié con una vehemencia tan rotunda que parecía devoción, la odié al infinito. La odié.

Éramos el andrógino separado. Ella era casi yo.

Ahí comenzó a gestarse —horrorosa, subrepticia, como una garrapata— la certidumbre de nuestra mismidad. Pertinaz y silenciosa, como un martilleo lejano; la garrapata creció, se fue volviendo la segunda voz de mi conciencia. Me sentía arrebatado y dividido, me sentía desquiciado. No sé si Ofelia sintiera lo mismo, pues nuestra mente repartida, nuestra alma bicéfala, no era del todo igual en ambos y, así como yo no podía ganarle en el ajedrez, ella podría no haberse dado cuenta de que éramos lo mismo; aunque acaso lo sospechaba y por eso ganaba en el ajedrez. Pareceré un loco, pero incluso ahora tengo la misma oscura sospecha.

Persegua lo mismo que todos: agarrar la felicidad al vuelo y aferrarme a ella hasta remontarme a cierto punto remoto desde cuyo horizonte ni siquiera se atisbara el sufrimiento. Pero la felicidad es como un papalote, o más

bien —si he de recordarla de una vez—, como una mantarraya. En una conversación que tuve poco después de conocer a Ofelia, ella platicó —y también fingí ignorar— cómo algunos navegantes pensaban que era posible asirse a la espalda de una mantarraya para salvarse del naufragio. Pero la verdad científica es que si uno tratara de montarse sobre una mantarraya, ésta podría hundirse —amén de que podría asesinar al jinete con el arpón de la cola—. Y la felicidad parece consistir en tener a la mano a la persona indicada, que habrá de llevarnos a flote como una mantarraya. Así que Ofelia fue como sus amadas mantarrayas, o más bien fui yo la mantarraya de Ofelia —la mantarraya “científica” de Ofelia, puesto que no pude sacarla a flote sobre mi espalda—. Por ello nunca fui leal a mi naturaleza: me creí el cuento completo de la felicidad y del amor y la salvación teológica de una religión olvidada; me tragué, pues, ese enorme cúmulo de mierda y me hundí a mí mismo. Y hundí a Ofelia, la maté. La maté sin dolor, con una dosis letal de saliva de pulpo *Hapalochlaena*, proveniente de un ejemplar que alimentaba en el acuario. La policía llegó apenas media hora después.

Pero no fui yo, fue la garrapata que creció dentro de mi cabeza y se alimentó de mi mente, la que me trastornaba desde dentro —operando mis hilos y mis manivelas—; se plantó dentro de mí, pertinaz, simple, absoluta, atroz, hipodérmica, la muy garrapata.

Pero no la maté por odio. El odio había pasado. Fue algo distinto, quizá preexistente a toda emoción. La maté porque la amaba, de un modo primigenio, la garrapata la amaba. La felicidad era depender del otro. Pero con Ofelia era diferente. Depender de ella era en cierto modo depender de mí mismo. ¿Qué pasaría conmigo cuando sólo fuéramos Ofelia y yo —monstruosamente conformes el uno con el otro porque ya antes estábamos resignados a ser nosotros mismos—, nosotros mismos de todas maneras y siempre y aburridamente los mismos?

La maté y me arrepiento... pero no la maté, me suicidé, pero sobreviví a mí mismo, la suicidé, me suicidé a medias —vivo medio muerto—, soy una mitad de andrógino que ha quedado separada, sin amor y sin esperanza y sin mantarraya, y sólo queda por vivir la muerte.

Schiffer regresó con el funcionario Marcus. Tras darme las buenas tardes y pedirme disculpas por el retraso, me pidió que los acompañara a una sala de conferencias. Dentro de la sala había un enorme retrato del doctor Silesius. El tal Marcus me dijo con orgullo que era un gran hombre, el doctor Silesius. A él le debo mi libertad, al parecer. Regresó su mirada, ahora compungida, a mis ojos, como si viera un perro agonizante y quisiera fingir dolor. Era evidente que sabía que yo no entendía por qué. Se tomó su tiempo... por fin dijo:

—El doctor Silesius fue un brillante neurólogo y psiquiatra, Auguste, estudió el fenómeno del amor en los seres humanos. Por esa y otras excelentes razones lo pusieron al frente del Ministerio de Bienestar.

—Eso está muy bien, pero no explica nada —dije, impaciente.

—Permítame terminar... sus estudios fueron concluyentes: le llevaron a crear un algoritmo, el algoritmo Silesius, usado para calcular las afinidades eróticas entre dos personas, tomando en cuenta las expectativas, los anhelos y gustos, la apariencia física, etcétera; se corre en una computadora, la RL-3022, que hace las veces de Cupido. Se toma la información del perfil psicológico de algunos ciudadanos voluntarios, se procesa y la computadora le arroja a cada quien la identidad de su media naranja, previa obtención de los datos de ésta, con un margen de error ínfimo —dijo con aire de beato.

Mi cara de idiota debe haberse acentuado cuando abrí la boca. El funcionario me miró con énfasis, bajó la voz y se puso solemne.

—Gracias a las nuevas políticas del partido —continuó—, que erradicaron a lo largo de las últimas décadas los problemas más apremiantes de nuestra nación, el gobierno actual consideró que todo ciudadano tiene derecho a la felicidad en el sentido en que se estableció hace ocho años en la Reforma a la Constitución, donde se decretó el Fondo de Previsión para la Felicidad Ciudadana, convertido luego en el Ministerio de Bienestar, cuyas investigaciones redundaron en beneficio del pueblo.

Buscaban que los ciudadanos fueran felices al lado de otros ciudadanos, de modo que era imperativo comprobar la eficacia del método Silesius, como les gusta llamarlo. Así que se realizó una prueba de campo —para

decirlo en términos técnicos—. Fui reclutado tácitamente, mi perfil psicológico se tomó del Ministerio cuando estaba en proceso de rehabilitación. Fue una farsa la casita, la coincidencia con Ofelia y nuestra *milagrosidad*. Pero Ofelia me quiso, de eso no cabe duda. Pero me quiso porque no podía no quererme, como yo a ella.

Largo silencio, me levanté de la silla, con sudor en la frente y la piel erizada de furia. Grité, injurié, golpeé la mesa. Ahora me quedaba claro.

El funcionario permaneció en su puesto, aceptó en silencio estoico mis gritos, incluso un escupitajo. Al final dijo:

—Hasta ahora, su caso es el único que ha degenerado en tan lamentable condición...

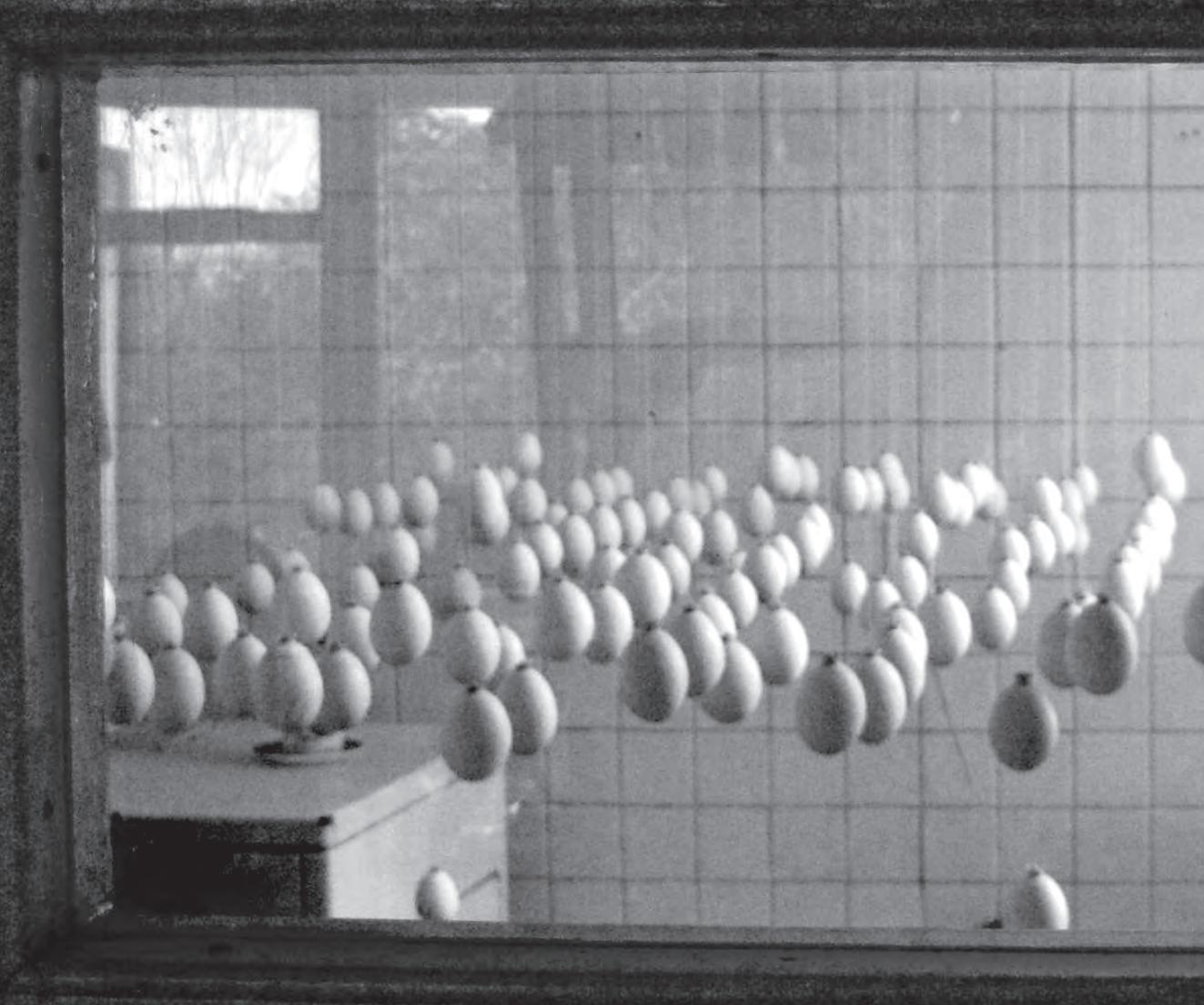
Me desplomé, se me tambalearon las piernas sobre la alfombra, se me desmigajó el corazón. El funcionario prosiguió adulterando su voz con un matiz de dulzura.

—Al Estado le queda claro que no fue su culpa, Auguste. Hay algo en su psique, probablemente lo mismo que le provocó su problema de alcoholismo, que debe ser matematizado, aplicado como variable al algoritmo. Podríamos, en teoría, haberlo evitado...

Luego me contó sobre los micrófonos y las cámaras, sobre cómo me contemplaron verter la saliva de pulpo en el café de Ofelia, cómo me apresaron en el acto; se disculpó, justificándose en nombre de la felicidad ciudadana, de la hermandad humana, del bien común... y terminó por reducir mi caso a un porcentaje mínimo y tal vez evitable.

—No podemos hacer más. Sólo nos resta reubicarlo, brindarle una nueva identidad en un país extranjero. Meterlo a la cárcel sería un error grave. Es nuestra forma de hacer justicia, de acuerdo con nuestros principios humanitarios. No podemos permitir que pague por nuestros errores. **P**

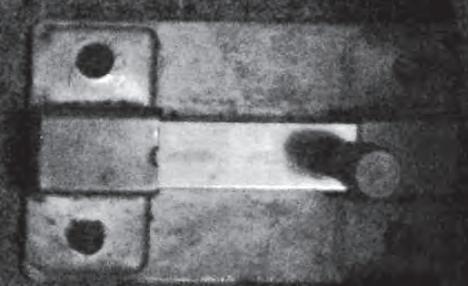
Esteban Govea (Celaya, Guanajuato, 1988). Estudia Filosofía en la UNAM. Ha publicado en las revistas *Consideraciones* y *Opción*. En 2011 obtuvo un estímulo del Imcine por un guión de largometraje. En la actualidad es colaborador de la revista *Consideraciones*.



Caza de letras / crónica

Dirección de Literatura, UNAM

Jurado: José Luis Martínez, J. M. Servín, Santiago Gamboa



Jarabe contra el acoso

Juan Manuel Granja / PRIMER LUGAR

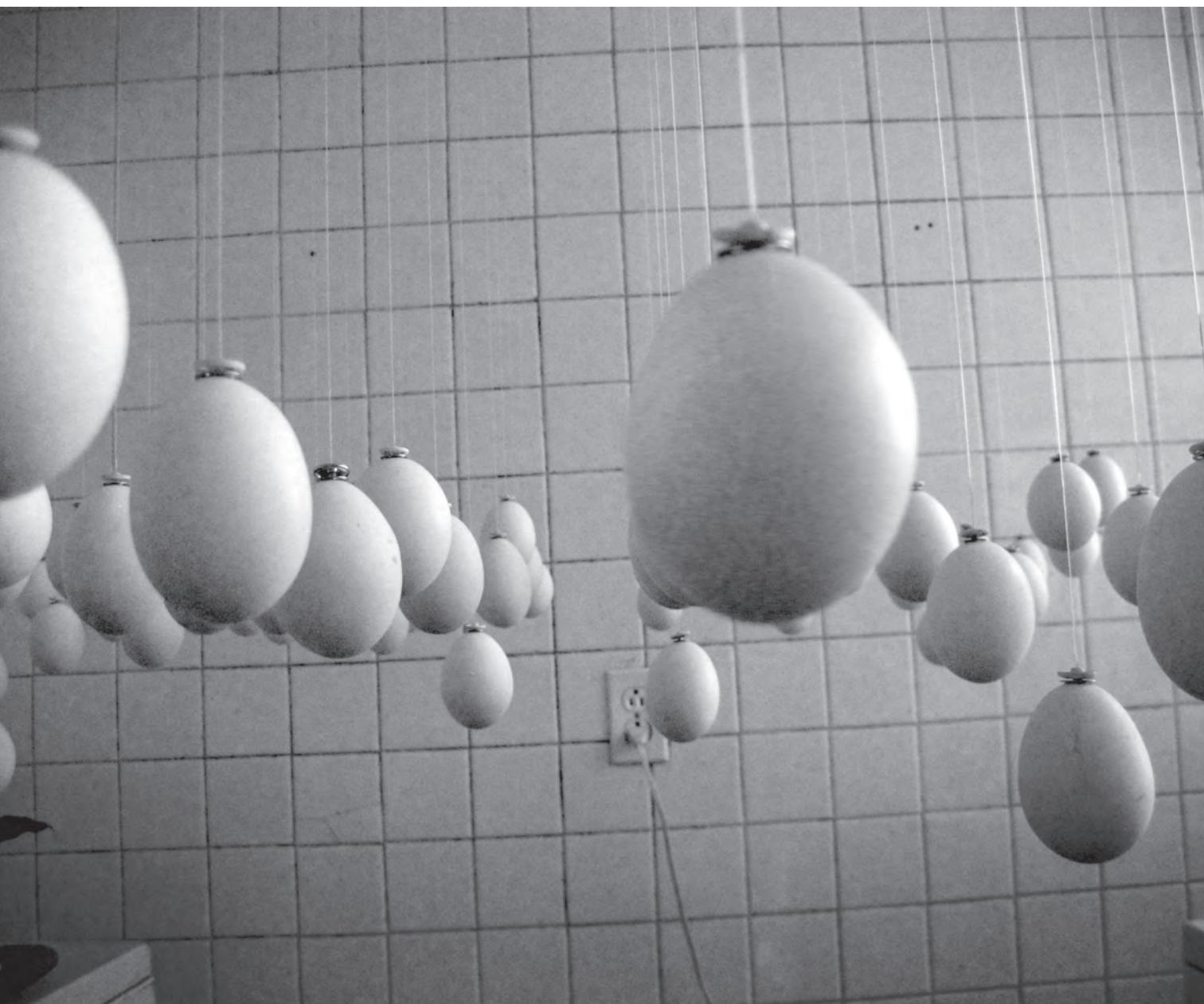
Pedro no halló la pluma roja que buscaba en su mochila sino una superficie lisa que nunca antes había tocado: la de un pene de plástico. Cuando agarró el miembro de goma y lo sacó, aquella tarde de abril de 2009, la clase de inglés retumbó de risa. Guardarlo de nuevo sólo habría remarcado su vergüenza, hubiera sido como confesar que el dildo era suyo, así que lo arrojó hacia adelante sin percatarse de que los ojos de la profesora lo iban a cazar en un vistazo. Las risas ascendieron a carcajadas y Pedro fue llevado a la Dirección. El pene, plantado en la mochila por dos compañeros de clase, quedó tirado en el piso.

Pedro Suárez es gordo, usa lentes, su mano es fofa y sudorosa, a sus catorce años aún no ha cambiado de voz. Lo imagino siguiendo el taconeo severo de la “*teacher Patricia*”, debió andar cabizbajo como lo veo caminar hacia mí en la sala de su casa en Calderón, al extremo norte de Quito. Su voz, un hilo que se demora en desanudarse, se esfuerza por recrear los abusos de los *bullies*. Él no esperaba que la escena en la Dirección fuera muy distinta a la que había soportado dos semanas antes. Unos compañeros habían desinflado las llantas del auto del profesor de matemáticas y lo inculparon. Ambos sabían que él no se defendería, hacía tiempo que había renunciado a defenderse. Lo que Pedro temía de verdad era la hora de salida.

Mientras subía al rectorado en el tercer piso, pensaba en el momento de tomar el bus y encontrarse de nuevo con los cabecillas del acoso: Miguel Narváez, el más alto de la clase, y Daniel Morales, el arquero de décimo de básica. La inseguridad le decía a Pedro que era mejor no denunciar a sus verdugos. Si los acusaba, como había intentado un mes atrás, temía que de nuevo pudieran darle un tablazo en la cabeza para filmarlo y subir la “proeza” a YouTube.

Pero en el bus escolar no había golpes, los golpes se reservaban para el patio del recreo —detrás del coliseo—, allí más compañeros podían verlos exhibir su poder de humillación. Hubo ocasiones en las que un mensaje de Facebook marcaba la hora y el lugar de la golpiza; poner un “me gusta” al anuncio se volvió una forma de contabilizar la popularidad aliada a los acosadores. En el bus amarillo, la misión consistía en no dejar que Pedro se moviera. Daniel se sentaba a un lado y Miguel oprimía a Pedro en el centro para bloquearle la salida. Con el arranque del motor arrancaba la tortura. De su baja estatura pasaban a burlarse de sus *jeans* apretados y, de ahí, lo apuñalaban, como dice Pedro a punto de llorar, “con insultos que me paralizaban”:

pp. 56-57: *De mañana en la cocina veo sobre la silla un huevo*, instalación de 110 huevos en una cocina, 2010



De mañana en la cocina veo sobre la silla un huevo, instalación de 110 huevos en una cocina, 2010

- ¿Por qué no hablas con nadie?, ¿eres autista o retrasado?
- No es autista, es un maricón... una loca.
- Te vamos a matar perro hijueputa.
- Jaja sí, ahora digámosle perro, nada de Pedro, desde hoy te llamas perro.

—Perro, verás que nos tienes que tratar de usted, siempre de usted, mamaverga.

“Cuando te hacen cosas así crees que de verdad pasa algo malo contigo, que lo que eres no vale la pena”, se anima a decirme Pedro cuando Gina, su madre, secretaria de cincuenta y cinco años, deja la sala para ir a la cocina. Él no imaginaba que no estaba solo, que, según el INNFA (Instituto Nacional de la Niñez y la Familia), de los cinco millones de menores que viven en Ecuador, el 32% sufrió de acoso escolar en 2009. Sin embargo, como explica el psicólogo José Terán, es un secreto a voces la abundancia de casos invisibilizados por entidades educativas que temen perder prestigio. “Es más —añade Terán, quien trata a niños—, pocos códigos estudiantiles toman precauciones frente al *bullying*, todo queda en la expulsión o sanción del agresor y no hay prevención del acoso mediante normas o una mejor observación.”

La palabra “pene” nunca salió de la boca del director, cuenta Pedro. Pero sí llegó a decir: “¿Cómo es que te atreves a traer esa... cosa y lanzarla en plena clase?” Como de costumbre, Pedro no objetó el regaño. “Pedrito era un niño muy alegre —dice Gina—. Siempre fue gordito pero, a eso de los doce años, empezó a aumentar de peso. Fue poco a poco que se fue volviendo más retraído, ya no le llamaba la atención hacer amigos. A veces llegaba directo del colegio a encerrarse en su cuarto o pasaba toda la tarde viendo televisión... La primera vez que el director me llamó fue por el asunto de las llantas del profesor. Pedro no dijo nada en esa oficina.” La cara de Gina se enrojece, ya no reprime sus lágrimas: “Ya en la casa me dijo que había sido su culpa, que no es la primera vez que el director lo regañaba... es increíble cómo el miedo hacía que siguiera encubriendo a los que le hicieron daño.”

Esa tarde de 2009, mientras subía al autobús, Pedro pisó la escalera de metal —su superficie como la de un espejo— y lamentó haber abierto una cuenta de Facebook. Además de su aspecto, el detonador de los maltratos había sido el inocente pasatiempo que digitó en su perfil personal: “Me gusta: estar con amigos.” La frase lo hizo pasar, sin escalas, del gordito de la clase al gay acosado cibernéticamente.

“Lo que busca el agresor —dice el adolescentólogo Jorge Naranjo, quien trató a Pedro durante un año— es una aceptación a través de sus malos actos, el *bully* necesita de una audiencia. Por lo general vienen de hogares disfuncionales, como en el caso de Miguel y Daniel. Ambos tenían poca comunicación con la madre y un padre atormentador. De alguna forma buscaban retomar esa figura paterna.”

Juan Manuel Granja (Ecuador, 1980). En 2007, obtuvo el Segundo Premio Nacional de Novela Corta “Medardo Ángel Silva” por *Un ligero temblor en las piernas*. En 2008 publicó en línea su poemario *Alter* (<http://alterjmg.blogspot.com>). Es editor de la revista de moda y cultura *Dolce Vita* (<http://www.dolcevita.com.ec/>). Ha colaborado en las revistas *SoHo*, *Diners*, *El Búho*, *BG* y *Vanguardia*. Es becario de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano. Su crónica “Los Tropicales del Caribe” se publicó en Colombia en la antología *¡Qué viva la fiesta!* (FNPI, 2009). Es colaborador del portal de ATEI (España), *El Porta(L)* (Ecuador) y de *Punto en línea* y *Punto de partida* (UNAM). Es crítico de artes escénicas para la revista *El Apuntador* (<http://www.elapuntador.net>).

Apenas Silvia se sienta frente a mí en la cafetería del colegio (donde se me ha permitido conversar con ella a condición de que no revele el nombre del plantel), sus piernas ya quieren irse. Tiene dieciséis años, lo que menos desea es hablarme de Pedro. Una vez, a las 12:45 pm, hora del segundo recreo, ella fue testigo de una de las golpizas. “Sí, yo sabía que era el ‘pato’ del curso, que todo el mundo le jodía y no, yo tampoco hice nada para defenderle... Es que tú no quieres que te rechacen y no vas a arriesgarte a que te aparten o te humillen. Ese día fue Daniel quien se le lanzó a puñetazos y le sacó sangre de la nariz.”

El trayecto en bus del colegio a la casa de Pedro dura una hora. Gina trae café, la cabeza del chico apoyada sobre el sofá me hace visualizar su llegada aquella tarde hace más de dos años. Estaba solo en casa y no quiso calentarse la comida. Prendió la computadora que sus padres apenas empleaban para contestar un par de mails a la semana. En su muro de Facebook encontró un *link*, hizo *click* y fue a parar a una página de Mercado Libre con la imagen de un *french poodle* blanco: “Se vende perro gay, se llama Pedro Suárez.”

Del llanto sobre el sofá, pasó al baño de sus padres y abrió el gabinete detrás del espejo. “Sólo sabía que quería hacerme pedazos, así que me tomé dos frascos de jarabe de tos”, dice Pedro en un susurro que taladra el pecho de su madre. “Cuando mi esposo y yo llegamos, lo encontramos tumbado boca abajo en el umbral del baño.”

Fue sólo después del intento de suicidio, y un mes de tratamiento psiquiátrico, que los padres supieron que era víctima de *bullying*. “Luego el doctor nos contó que el pobrecito temía que le crecieran senos por su gordura y que dudaba del tamaño de su pene. Tenía terror de volverse... homosexual”, dice la madre.

Al parecer, en su nuevo colegio, Pedro está mejor. Tiene amigos, practica natación. Es el único de la clase que no tiene cuenta de Facebook. Aún lleva una cicatriz en la espalda; un corte que se dio en un pupitre durante una golpiza que no quiso detallar. Está a dieta y en Navidad le van a regalar lentes de contacto. **P**



Dos drogas de mi patria

Juan Manuel Granja / PRIMER LUGAR

El fútbol (clasificar al mundial)

Para lograr la receta perfecta del absurdo basta un país y tres palabras: fútbol, fútbol, fútbol. Hemos clasificado al mundial, la ciudad se ha vuelto un hervidero tricolor (amarillo, azul y rojo) y el atolladero de motores sólo abre paso a más camionetas cargadas de banderas tricolores. A las 3:00 pm la oficina ya no puede disimular, ahora es un hincha encorbatado que sucumbe ante la hipnosis de la TV. Suena a todo pulmón el eslogan de una vieja campaña presidencial convertida en el cántico de la selección nacional: *Sí Se Puede*.

Pero si es que de verdad se puede, se puede sólo en el épico momento en el cual el fútbol lo ha eclipsado casi todo. En las canchas de la vida real la gran mayoría se queja: “aquí nada funciona”, protesta la muchacha con niño en brazos que ha hecho cola por dos horas en el registro civil. “Es que no hay trabajo”, dice el universitario que busca empleo y le ofrecen un sueldo de operario.

Lo mismo creyeron los millones de migrantes que lavan platos manchados de salsa pomodoro en Italia o que cosechan naranjas en España. Algunos de ellos, arrepentidos tras menos de un mes de travesía, han vuelto a tierra ecuatoriana con un souvenir que se nota al hablar: la zeta ibérica. Al parecer, nadie quiere estar aquí y mucho menos ser de aquí. Excepto, evidentemente, cuando clasificamos al mundial.

No hay drama, para vivir un poco más contentos nos bastan unas cuantas folcloradas. Que Quito tiene el cielo más lindo del mundo; que el Himno Nacional es el segundo más bello del planeta (claro, después de *La Marsellesa*); que, poseído por las raras especies que ha-

bitan las Islas Galápagos, Charles Darwin hizo *click* y dio con la Teoría de la Evolución.

Sin embargo, ninguno de aquellos logros nativos nos saca a las calles a festejar y beber como lo hace el gol de un afroecuatoriano convertido en héroe patrio (si no hubiera anotado, de seguro no le decían héroe sino “negro vago”). De lo contrario, habrá que esperar y marcar tarjeta como un robot de oficina hasta que llegue el fin de semana.

El alcohol (de viernes a lunes)

Del trabajo a la cantina: “al fin viernes” es el coro que sigue al “jueves no te ahueves”. Computadoras en *off* y niños que vuelven del parque a la TV. Un grupo de señoras pinta la mesa con el revés rosado de las cartas. Vasos y botellas arremeten sobre las barras como borrascas piezas de ajedrez.

En Ecuador, la borrasca de cada viernes es una acusación y el festejo del sábado, un exorcismo. El aguardiente disuelve el antagonismo entre agua y fuego para volverlo chuchaqui: dolor de cabeza, sed y la promesa incumplida: “nunca más voy a tomar”. Alerta: Dionisos no pasea por la franciscana urbe quiteña para inspirar la locura ritual de su vino sagrado. Dionisos es un código de barras, un “pague uno y tome dos”, una botella-puñal en manos del tipo que sale de un rincón para decirte: “¡chupa maricón!”.

Los colegiales beben mientras arriesgan un par de dólares en las maquinitas y los gringos encuentran marihuana de a cinco dólares en la esquina donde aún se ve



Orden: Antrophosars; especie: Artista visual; familia: (Híbrida) Performancero/Curador; en cautiverio: MUCA/MUAC, DF; nombre común: Guillermo Santamarina

la luz de una patrulla. En una cuadra, reggaetón, en la que sigue, tecno, y en la de más allá, sirenas de la ley. Las niñas venden rosas; los niños, cigarrillos.

En la Plaza Foch —rebautizada como “Plaza *Fuck*” por sus usuarios nocturnos— un punk vive el último minuto antes de enamorarse, y el militar que acaba de llegar de la selva amazónica señala la de José José en el karaoke. Para los quinceañeros, veinte dólares por cabeza, es el momento de bajarse los pantalones frente a la malhumorada Cindy.

Tiendas de mascotas cerradas con los animales dentro y bodegas refaccionadas como iglesias evangélicas. El Chevrolet gris cruza la ciudad sin que aparezca el semáforo que no se deja violar. Si hay accidente y no encuentran a quién echarle la culpa, seguramente es porque Dios, en su infinita sabiduría, sabe por qué hace las cosas, “así ha de ser”.

Hay que seguir tomando, pues si ganó el equipo favorito, se festeja, y si perdió, hay que lamentarlo con co-

pita en mano. El gasto en bebida es tal que no es mala idea recordarle al público que debe ahorrar algo de plata para diciembre. Por eso no sorprende que las vitrinas nos vendan la Navidad con tres meses de anticipación.

Pero, claro, la nostalgia navideña también amerita unos traguines de Nochebuena. Algunos no tendrán que esperar que se acerque el fin de año para llorar de nostalgia. Cuando los cañonazos bailables dejan de sonar y se da paso a la música nacional —la del estilo corta venas— se hace verdad lo que escribió el explorador Alexander von Humboldt: “Los ecuatorianos son seres extraños y únicos, duermen tranquilos en medio de humeantes volcanes, viven pobres con riquezas inimaginables a su alrededor, y se alegran con música triste...”

La madrugada se prolonga en el parpadeo de los celulares. El domingo se acerca, el lunes ya amenaza: exámenes, trámites, oficinas... Ya hay algo de qué hablar, de fútbol, y algo más que lamentar, la resaca. **P**

Guarumbo

David Espino Vázquez / SEGUNDO LUGAR

En ese tiempo nos andábamos cogiendo cariño con la Negra. Mis compas, dos caricaturistas del diario donde yo escribía, eran buenos para poner apodos y eran ellos quienes bautizaban a las mujeres que en esa buena época pasaban por mi vida. Como a la Chupacabras, una oaxaqueña bien chula que me exprimió la lana de un premio de periodismo, cuyo reportaje escribí luego de una estancia de casi un año en la región de La Montaña. Aunque de la Chupacabras y de La Montaña les hablaré un poco más adelante.

Yo leía *Cien años de soledad*. La leía porque estaba convencido de que era el sucesor de García Márquez, y lo leía porque estaba seguro, también, de que sólo leyendo toda su obra “se me pegaría su estilo” (ya había leído casi todo lo escrito por él hasta 1996). Fue la Negra la que me sacó de dudas. Era maestra de literatura en la escuela de Filosofía y Letras. Joven, aunque mayor, y mucho, mucho más sabia que yo.

—No mames —me dijo—. De aquí a que nazca otro García Márquez y se escriba otra obra como *Cien años de soledad*, tendrás que morirte tú, tus hijos, tus nietos y hasta tus bisnietos.

No entiendo qué era lo que la Negra veía en mí. Morena, pelo negro y ondulado hasta sus pronunciadas caderas. Labios carnudos. Para ser sincero, ni estaba ni estoy bien dotado; tenía veinticuatro años, toda la inexperiencia a pesar de mis cinco años en el oficio y, evidentemente, la mayor parte de mi tiempo lo ocupaba haciendo castillos de letras. Las letras de mi próxima obra maestra que me llevaría a la cumbre. Tanto que, por Macondo, busqué el nombre de otro árbol muy común en la sierra de donde soy, Guarumbo, para el título de mi obra.

Lo busqué porque en cuanto empecé a leer *Cien años de soledad* me dije:

—¡Putá! Ésta es la historia de mi bisabuelo. Si a García Márquez le funcionó contarla, a mí por qué no.

Vengo de una familia de mineros. Bueno, en realidad, de buscadores de minas. Mi tío Carlos murió convencido de que en su huerta de café y en su patio había oro que sus antepasados escondieron de los forajidos. Mi abuelo decía lo mismo, y su padre también. Mis primos que se quedaron en la sierra, con las huertas y con los sueños, tienen la convicción de que el oro sigue allí.

Por eso fue que dije: “Si José Arcadio Buendía buscó hacerse de riquezas con todos los recursos mágicos del gitano Melquiades, por qué mi abuelo y sus hermanos no



Orden: Antrophosars; especie: Artista visual; familia: Artistas gráficos; en cautiverio: La Curtiduría, Oaxaca; nombre común: Demián Flores

pueden morir pensando en el oro que los sacaría de pobres y que, juraron toda su vida, sus ascendientes habían enterrado en grandes ollas de barro.”

La respuesta me la dio la Negra con una sonora carcajada estando aún desnuda en la cama, después de haber echado pata.

—No mames —me dijo, y lo que sigue no tiene caso que lo repita.

Lo cierto es que yo estaba empeñado, y al cabo de un par de meses le di la noticia.

—Me voy, Negrita —le dije—. Estaré un año en La Montaña para recorrerla y conocer. Quiero escribir algo.

La Negra no lo tomó a bien.

—Escribir qué. No me digas que tu magna obra —lo dijo con sorna y me molestó. Sólo di la vuelta y no regresé. No por un rato.

Ocho meses estuve en La Montaña. Allá, en un caserío que se llama Tlaquilcingo, en una comisaría en la que me permitían pernoctar, terminé de leer a la luz de un candil *Cien años de soledad*. Estaba “tocado” por la magia de Macondo y el modo de narrar de García Márquez. Días después fui a la cabecera municipal por un camino de herradura. Al lado había un río y al fondo una cañada que echaba humo. Subí. En la parte media, en una cueva, vivía una familia nahua.

Era mi historia, pensé. La escribí diciendo que allí “era todo nuevo” y describiendo las “auras” de sus tres moradores y de la estancia. Al año siguiente el reportaje ganó un premio. Con el dinero apareció la Chupacabras. Nos fuimos a Acapulco. Allá bailamos, bebimos y echamos pata hasta que regresé a mi estado natural: la quiebra. Ella se fue y no volvió. Yo sí, con la Negra.

—Qué te dije —me dijo, luego que me vio parado en su puerta—. Qué García Márquez ni qué la chingada.

—Aunque de todo eso algo ha salido, ¿no? —respondí.

—¡No mames! —repuso, y me dio un portazo en la cara. P

Chicas popper

David Espino Vázquez / SEGUNDO LUGAR

1

Tan pronto pisó el quicio de la puerta de la escuela, Diana se dio cuenta de que ése no sería un buen día. Isis y Sandra la esperaban recargadas en la barda del otro lado del paradero de combis, amenazantes. Un grupo de estudiantes rodeaba el lugar, excitado por el anuncio que se corrió durante la hora del recreo: “Ahora sí, Isis y Sandra se van a madrear a la creída de la Diana.”

Terminó de salir con forzada naturalidad. Vio de perfil, como ven los pájaros, cuando las dos chicas se aproximaron a ella. Apresuró el paso, casi corrió. Sentía que no avanzaba para alcanzar al pesero que se había orillado. Dio una zancada, tan grande para sus cortas piernas que descosió la parte trasera de su pequeña falda azul. Pisó el acceso de la combi, se impulsó para subir, pero una fuerza la jaló en sentido contrario. El cuero cabelludo le tronó.

—¡A dónde vas, hija de la verga! —le gritaron por atrás.

Isis la sostenía con fuerza del pelo castaño. Diana la miró con coraje, de reojo. Sus ojos verdes perdieron por un momento su hermosura.

—¡Suéltame, pendeja! —le dijo fuerte pero con la voz quebrada y sólo consiguió que Isis la sostuviera con mayor rudeza. Sandra aprovechó su desconcierto y le dio una cachetada. La mejilla izquierda, blanquísima, se le tornó roja. La soltaron. Diana cayó hincada al suelo pedregoso, ante los pies de sus rivales, y entonces supo, con la certeza del dolor que le provocaba la grava en las rodillas, que este día no sería el mejor de sus diecisiete años.

2

Hace un año Diana, Isis y Sandra no hubieran imaginado este episodio. Las tres chicas se conocieron cuando ingresaron a la secundaria privada que expide certificados en dos años a chicos con bajas calificaciones expulsados de escuelas públicas, o aquellos cuya edad rebasa el requisito para estudiar en el sistema educativo formal.

En esas condiciones, Diana ingresó a la secundaria Isaac Newton. A sus diecisiete años no ha podido terminar esta instrucción porque en Zihuatanejo, la ciudad donde anteriormente vivía con sus padres y hermanos, pasó, por mala conducta, por dos escuelas. Luego perdió dos ciclos más hasta su fiesta de quince años, cuando toda su familia se refugió en un pueblo costero; luego, la violencia del narco terminó por orillar a su padre (un oficial militar de rango medio) a traerlos a vivir al cuartel de Chilpancingo.

Isis es alcohólica y se ha metido de todo. Coca, mota, hachís, heroína. Aunque le tiene especial afición a una droga muy de moda en Chilpancingo: el *popper* (o *rush*), un coctel de diversos químicos que se consigue lo mismo en un sex shop del centro que en discotecas de la ciudad. Por su drogadicción ha estado internada en centros de rehabilitación durante meses. Ha tenido prolongadas recaídas poco atendidas por su madre, viuda y paralítica desde que, hace tres años, fue herida en la espalda en un atentado en el que murió el padre. Eso, según el expediente escolar al que se tuvo acceso, le impide terminar la secundaria.

Sandra sólo sigue a Isis. Es fumadora compulsiva.



Orden: Antrophoscurator; especie: Historiadora del arte; familia: Curadores de arte contemporáneo; en cautiverio: MUMA, virtual; nombre común: Karen Cordero

Nunca se ha metido coca aunque le gusta la sensación de euforia fugaz, y la relajación posterior, que le produce el *popper* cuando su amiga se lo comparte en el baño de mujeres. Vive con su abuela materna desde la muerte de sus padres en un accidente automovilístico hace dos años. Como fue hija única, heredó todos sus bienes, que la anciana administra hasta que cumpla, el año entrante, sus dieciocho.

—Las tres tienen algo en común—dice el psicólogo escolar Severo Hernández, con quien se platicó en la escuela—. El delgado hilo de la tragedia mutua, de huérfanas y desplazadas, y de soledad compartida era lo que las mantenía unidas.

Físicamente son contrastantes. Diana, blanca, de ojos verdes y dueña de un andar que le hace mover su pelo

ondulado y castaño al hombro. Isis, con un bronceado permanente y de pelo lacio y muy negro, igual que sus ojos. Sandra es más bien gordita, pero con una cara güera de niña rica, de finas facciones. Los pupilentes azules ocultan el verdadero color de sus ojos café claro. Eran muy populares entre el centenar de estudiantes no sólo por su físico, sino por la amistad sólida que se demostraban.

Pero las cosas empezaron a cambiar.

3

La madre de Diana puso al tanto a su padre sobre su conducta y sus tres materias reprobadas. Entonces se reunie-

David Espino Vázquez (México, 1972). Reportero. Es autor de *Acapulco dealer. Crónicas de la narcoviolencia en Guerrero* (independiente, 2011). Ha publicado en *El Nacional*, de Venezuela, *Milenio Diario*, *El Sur*, *La Jornada Guerrero*, *Semanario Trincheira*, *Replicante*, y en el blog *Nuestra Aparente Rendición*. Es miembro de Cosecha Roja, red iberoamericana de periodismo judicial auspiciada por la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano y de la FNPI. Ha sido profesor de periodismo en la Universidad Autónoma de Guerrero y en la Universidad Loyola del Pacífico. Estudió una maestría en Ciencia Política en la UAG, y actualmente es *freelance* en diversos medios del país y el extranjero. Mantiene el blog: <reporteroerrante.blogspot.com>.

ron con los profesores y acordaron estrategias. Sentarían separadas a las tres chicas. Diana asistiría por las tardes a clases de regularización sin sus amigas, y una vez recuperadas las materias, la promocionarían para estar en la escolta. Sus padres estaban seguros de que eso elevaría su autoestima, se aplicaría en tener mejores notas y dejaría solas a Isis y a Sandra.

El plan funcionó. Diana empezó a juntarse con Laura, Luisa, Jimena, Nely y Hugo en los ensayos de la escolta y la separación con Isis y Sandra fue natural. Se fue dando sin pensarlo. Se juntó, como no se cansan de reprochárselo sus antiguas amigas “con los pinches inteligentes del salón”.

—Y la pendeja se volvió bien creída —confió Isis a una conserje con quien se pudo hablar.

El acoso vino en cascada. Cada vez más seguido, cada vez con tonos más altos. Cada vez más agresivo. Por eso ese día, cuando salió del aula y oyó el rumor de que afuera de la escuela Isis y Sandra “la estaban esperando para romperle su madre” no le pareció un chisme. Más bien le pareció tan certero que buscó a Hugo para irse con él, sólo que él ya se había ido.

Lo buscó con inútil ansiedad. En un par de ocasiones Hugo la había salvado de que la golpearan. Primero en el salón de clases, un día que mojaron sus libros y ella exigió que se los secaran pero terminó llorando de impotencia porque sólo consiguió que la empujaran. Luego, otro día que salían de la escuela, Isis y Sandra la espían. Diana se percató y corrió hacia Hugo, que la calmó y la subió rápido a su automóvil. El polvo quedó en sus narices.

Esta vez no. Esta vez ni Hugo ni nadie la salvaría.

Sintió cómo la gravilla se encajaba en sus rodillas y ahora fue ella la que probó el polvo. Quiso pararse pero no pudo. El miedo y el dolor se lo impidieron. Isis la volvió a jalar del pelo y le levantó la cara. Sandra le dio todo lo que pudo mientras que ella no atinó más que a gritar, llorando. Los curiosos se movían alrededor levantando más bulla. No supo cómo, pero de pronto su falda quedó echa tiras y sus piernas blanquísimas quedaron a la intemperie.

—Ahora sí, pinche vieja pendeja. A ver si así te sigues creyendo la muy lista —le gritaron muy cerca de su cara. Luego la dejaron sola.

A su alrededor, Diana sólo vio imágenes borrosas, fugaces. Quiso reconocer a alguien pero sólo alcanzó a ver espaldas. Se incorporó, sacó un pans de su mochila polvosa y se lo puso. Tomó un taxi y se retiró a su casa. Llegó llorando, la cara y las piernas arañadas, exigiendo a su madre que la cambiara de escuela. Ya lo había hecho antes, ya le había advertido sobre la hostilidad de sus ex amigas y su madre lo tomó a la ligera. De esto —dijo Diana en una plática en un cafetín de la ciudad—, ni le dijeron nada a su padre, que de todos modos se ausenta durante meses.

En cambio, su madre llamó a una junta escolar. Expuso el caso ante la sociedad de padres de familia y los directivos. Los profesores se mostraron sorprendidos y aceptaron que desconocían el caso. Ofrecieron expulsar a las chicas, pero son puntuales en sus colegiaturas y siguen asistiendo con normalidad a la escuela.

—Será más fácil que yo cambie a Diana —dice su madre resignada—. O tal vez, antes, terminemos largándonos a otro lugar con su padre. 📍

Las puertas de la literatura

Javier González Cárdenas / TERCER LUGAR

Javier González Cárdenas (Tijuana, 1973). Fotógrafo, periodista y escritor. Fue colaborador del diario *El Mexicano* y de su suplemento cultural *Identidad*, y cronista del semanario *El Informador de Baja California*. En 1995 obtuvo el primer premio de cuento y el tercero de poesía en el Primer Concurso Literario del Noroeste. En 1996 obtuvo el primer lugar del Concurso Literario del Noroeste Abigael Bohórquez de novela con *Esto es lo que pienso de ti* (Conaculta, 1997). Ha sido becario del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes en Letras (1998) y en Cine y Video (2003). En 2005 obtuvo el Premio Nacional de Cuento Fantástico y de Ciencia Ficción, otorgado por el Gobierno del Estado de Puebla. *Ficciones de carne y hueso* (Alta noche, 2007) es su libro más reciente. Actualmente colabora en la revista *H para Hombres*.

1994. Tiempo de ofuscaciones, miserias y sentimientos encontrados. Año en que el Ejército Zapatista de Liberación Nacional cuestionaba las promesas de modernidad de la política en México. Año en que la desestabilización del sistema político mexicano coincidía con mi inestabilidad económica y emocional: mi padre y yo habíamos perdido el empleo y, para amolarla, Maribel se había librado de mí, después de dos años de noviazgo. Tuve que aceptar un empleo de mensajero en un despacho contable, donde me pagaban escasos cien pesos a la semana. Rápidamente me convertí en títere del derrotismo y la depresión, pues el matrimonio de mis padres amenazaba con desmoronarse, amén de que el sueldo sólo me permitía pagar el transporte para ir a la universidad y, si bien me iba, pistearme un *six* de cerveza los sábados.

En ocasiones, durante el horario laboral, lograba escabullirme a la única biblioteca ubicada en la Zona Centro, cuando el verano lanzaba pelotazos de fuego sobre Tijuana. Había pocos libros, pero uno de ellos me llamó la atención por su título descabellado: *La banda de los enanos calvos*. La portada destacaba una rodilla sobre un fondo guinda, a modo de metáfora de la calvicie. Pero entonces, a mí me pareció una alusión a mi abatimiento: me sentía un hombre empequeñecido, despojado de la greña que otorga fuerza a Sansón. Coqueteaba con el suicidio, pero al abrir la puerta de esa obra encontré un asidero: el humorismo que rebosaban algunos cuentos de Agustín Monsreal me levantaba el ánimo, sus neologismos me conmovían o, por el contrario, me desternillaban de risa ante la mirada acechona del bibliotecario. Un día, enfrascado en la lectura del libro, me topé con una frase magistral de “La selva de los suicidas” que acotaba mi autovictimización: “Un crimen, un suicidio, cualquier tipo de aniquilamiento individual forma parte de una irreversible degradación colectiva. La muerte, tal vez por incomprendida e incomprensible, es ya de por sí dolorosa; no la hagamos también estúpida.”

En una de esas fugas literarias descubrí “Los placeres simples del pobre”, un cuento en el que el protagonista, cercado por la miseria y el hambre, halla consuelo en la lectura de *Crimen y castigo*, auxiliándose con un par de velas. No sólo me identifiqué con su situación, además me deslumbró la inventiva de Monsreal para combinar el humorismo incisivo con las inflexiones conmovedoras de lo cotidiano. También tuve la oportunidad de conocer a otro autor que ha sido fundamental en mi formación: Dostoiévski (“cuando falla la inteligencia del hombre, el diablo la reemplaza”).



Orden: Anthrophoscurator; especie: Filósofo; familia: Curadores de arte contemporáneo; en cautiverio: MUAC, DF; nombre común: José Luis Barrios

A los enanos monumentales de Monsreal les debo el conocimiento de lo social (“la clase media, por su parte, experimenta una especie de horror inconsolable y definitivo ante la sola posibilidad de que el pueblo llegue algún día al poder”), poderosas e invaluable recomendaciones de lectura (Proust, Borges, Revueltas, Balzac, Cortázar), la denuncia de los prejuicios literarios (“no hay géneros menores, tía, lo que hay son escritores inferiores, escrivanales, escrivanos”) y las posibilidades lúdicas de nuestro idioma (“Así me pintaron a Casiopea: cabellimedusiana, ojidominadora, narihelénica, boquisuculenta, cuelllicisnácea, pechidelicias, caderienérgica, glutipasmante...”).

Gracias a Monsreal entendí que la palabra nos hermana con el otro y nos ayuda a sobrellevar las calvicies derivadas de nuestras pequeñas y grandes tragedias.

Un año después, al cambiar de chamba, pude adquirir el libro que me había abierto las puertas de la esperanza y la comprensión, las ventanas de la conciencia social y las escotillas por las que entra el agua del océano de la mejor literatura. Finalmente, a solas en mi habitación, ya sin la mirada censora del bibliotecario, pude leer a gusto y reírme de mis propias desventuras. **P**

Evidencias entre las sombras

Javier González Cárdenas / TERCER LUGAR

La noche acelera el paso de los transeúntes. El camino hacia la delegación Cuauhtémoc está plagado de vendedores ambulantes, oficinistas, desempleados, estudiantes, prostitutas, padrotes, invidentes y borrachines que zigzaguean sobre las calles. La gente se esquivo hasta encontrar un espacio de acera transitable.

Frente a la Procuraduría de Justicia del DF, “fiscalía desconcentrada en Cuauhtémoc”, se alza un puesto donde se reúnen policías y civiles a tomar café, iluminados por lámparas de halógeno. Luis, el encargado, despacha a sus clientes envolviendo el pan cuidadosamente. Comenta que hace unos días llegó una señora con un bebé que tenía un enorme chichón en la frente. “Era una bola grandísima —subraya Luis—, el esposo le dio un martillazo y ni es el padre del niño. Lo encerraron aquí, pero lo más gacho es que la señora vino a defenderlo, se peleó con los agentes del MP y pagó fianza para sacarlo.”

Al interior de la fiscalía, acodados en la barandilla, tres agentes reciben a denunciantes y acusados. Los policías desfilan con la pistola enfundada y el seguro bien puesto. Algunos lucen rifles automáticos, colgados al hombro. Un policía de baja estatura carga unas grandes esposas: da la impresión de que son su ancla. Cinco filas de asientos se despliegan frente a la barandilla. Las sillas traseras están ocupadas por dos señoras que duermen ahí todas las noches y se levantan a las 7:00 am para enfrentarse a la vida cotidiana. Son madres que dejaron sus hogares porque sus hijos las golpeaban. Luis entra y sale del recinto ofreciendo café, y afirma: “Son señoras que, por su edad avanzada, no pueden enfrentarse a los hijos y éstos les hacen la vida imposible con tal de meter a sus amigos o novias a la casa. Vete a la delegación Francisco Villa y verás cómo abundan estas señoras que llegan a dormir y al otro día salen a vender chicles o lo que pueden.”

Las butacas están al tope. Varias personas se arremolinan a la entrada. Al pie de la escalinata, el agente Vázquez pide fuego para encender su cigarro. Algo lo empuja a vaciarse, la confesión es su único desahogo: “Me arrestaron doce horas, por eso no estoy patrullando. La verdad es que nos traen *juidos*. Vigilan la trayectoria de las patrullas con GPS, es excesivo: si te sales del cuadrante te arriesgas a una amonestación o a un arresto. Hay veces que llegas al final de tu ruta y, como es un solo sentido, no puedes echarte en reversa; te tienes que salir de tu zona para poder regresar, y cuando termina el turno luego luego te regañan. Exageran. También han cortado cabezas,

no hay suficientes agentes. Se supone que son cien patrullas para Cuauhtémoc, y a veces nomás hay diez.”

El agente Vázquez lleva ocho años patrullando; la calle es su escuela. “Hace poco nos dieron un curso —continúa—; algunos compañeros pasados de peso y otros que no pudieron hacer los ejercicios fueron cesados. Hay policías con buena condición física que en la calle son una papa; en cambio, hay otros que no son grandes guerreros, pero tienen el olfato bien despierto: saben cómo identificar crímenes en proceso, saben cómo se mueven los malandros y pueden controlar una situación conflictiva utilizando el sentido común.” Vázquez se queja de que una vez les mostraron un mapa de la zona y pidieron que señalaran las tienditas de narcomenudeo. Al hacerlo se les reprendió: “Entonces, ¿por qué no los atrapan? No sirven para este trabajo.” Vázquez asegura que siguen despidiendo a los agentes por este tipo de situaciones, y reconoce que han recibido denuncias de los colonos, quienes han señalado a los traficantes. “Es cierto que algunos compañeros tienen maldad, voy de acuerdo, pero no se les puede juzgar a todos por igual, y cuando el ciudadano te dice dónde están los delincuentes, pues vas y los revisas de pies a cabeza, pero no les encuentras las drogas, por una sencilla razón: las venden en el interior de sus casas y, ¿cómo entras a su domicilio? ¿Cómo obtienes la orden?”



Orden: Anthroposars; especie: Artista visual; familia: (Híbrida) Performancero/Curador; en cautiverio: No definido; nombre común: Pilar Villela

Continúa el desfile: un hombre de unos cuarenta años con gafas oscuras en plena noche; una prostituta con el maquillaje seco y resquebrajado; abogados que hablan constantemente por el celular; empleados del MP y familias que se reúnen a comentar los pormenores de su caso. Antes, las prostitutas ofrecían sus servicios en varias calles de la Buena Vista; ahora, en su mayoría, se concentran en las calles más cercanas a la delegación con el propósito de evitar robos y abusos; aunque hay ocasiones en que ellas, sobre todo las que se conocen como travestidas, son quienes bolsean a sus clientes.

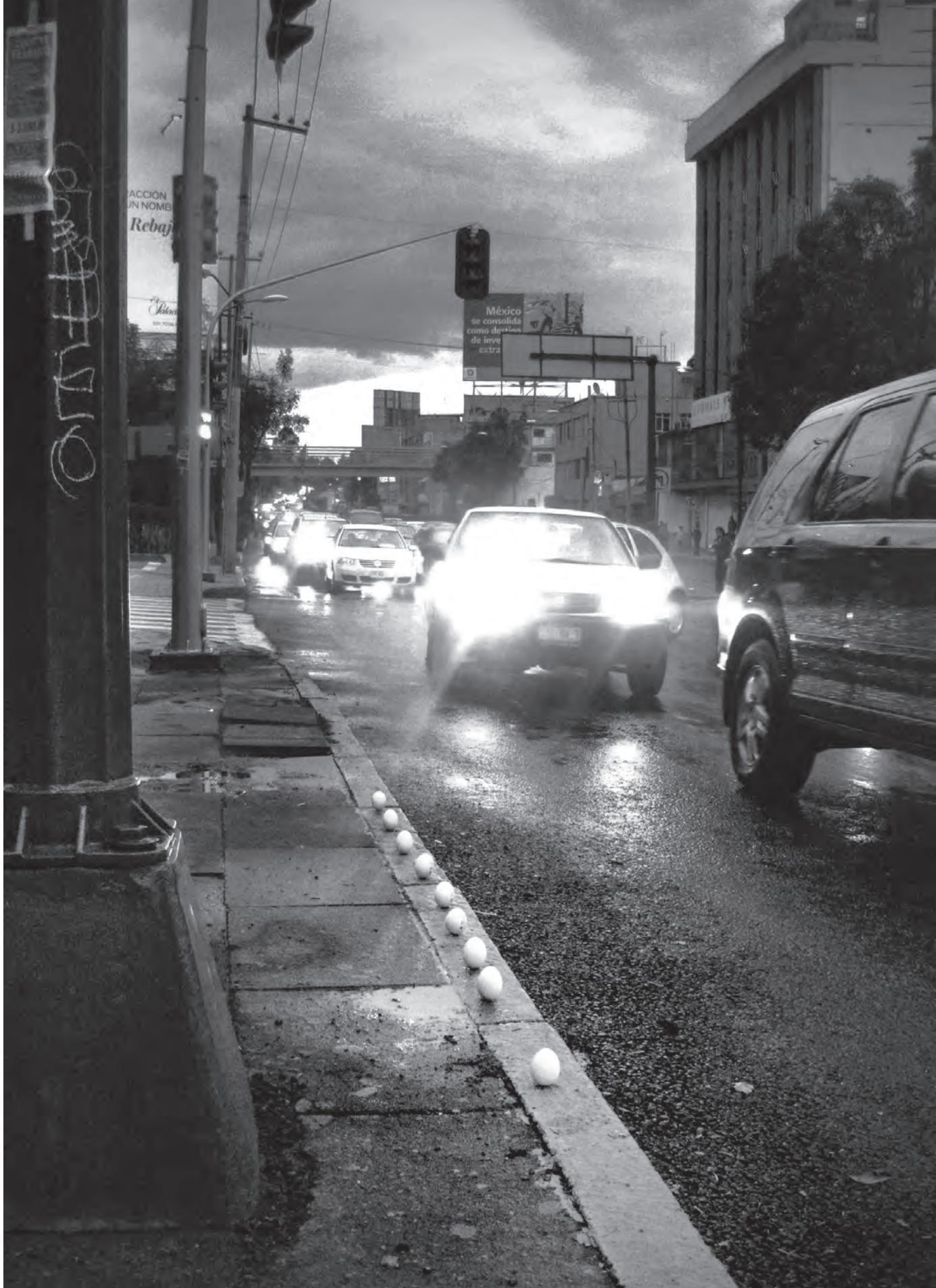
El licenciado Rentería, de tez morena y complexión gruesa, viste una gabardina elegante y guantes de invierno. “Si vinieras todos los días podrías escribir una novela —comenta, como si fuera un personaje de *CSI*—, es increíble lo que hace la gente, cómo se encubren unos a otros, sobre todo los padres que te dicen: sí, llevó una televisión a la casa, pero se la prestó una amiga; sí, trae tenis nuevos, pero se los prestó un amigo; sí, trae un automóvil, pero es prestado. Luego les preguntas en qué chamea su hijo, y te responden: se la pasa todo el día en la casa.”

Rentería cuenta la vez que al padre de un delincuente le mostraron el video de un atraco. Al verlo, éste declaró: “Sí, se parece mucho, pero ése no es mi hijo, no es él.” Hay infinidad de atrocidades que los ciudadanos cometen en el MP: los que compran testigos; las esposas de criminales que ofrecen favores sexuales a cambio de los honorarios del abogado; los padres que aseguran que sus hijos estaban en casa al momento de cometerse el ilícito; los que fingen lesiones de tercer grado para obtener mayor remuneración en casos de choque, riñas y atropellamientos; y los que se dicen familiares del procurador.

Un individuo se abre paso entre la gente, ansioso, en busca de un cigarro. El humo no lo tranquiliza: quiere desahogarse contando su bronca. Su nombre es Mario, de treinta y tres años, viste chamarra negra, tenis marca Adidas y una mochila Swiss Army. Es moreno, alto, con los pelos parados. Afirma que su esposa está detenida porque el acusado “le volteó la tortilla en el proceso”. Mario lo descubrió acosándola en un centro comercial, donde quedaron de verse. “Le canté un tiro al culero, le dije hasta de lo que se iba a morir, pero llegaron los policías y nos trajeron acá. Ese cabrón es bien chiva, se verbeó a los emepés y ahora dice que mi mujer le robó. Pero tengo testigos en Vianey, en la Pizza Hut y hasta en el Soriana. Me cae que si sale y mi esposa se queda adentro, lo mato, bien fácil, lo mato, y sin usar armas.” Mario está exaltado, habla de prisa y parece estar a punto de soltar chingadazos. “Ésta no es la primera vez que estoy aquí. La vez pasada fuimos a un bar. Iba con mi hermana y mi cuñado. Un chavo no dejaba de verle las piernas a mi hermana, y mi cuñado se enchiló. Le puso una putiza, imagínate, es boxeador. Llegaron los polis y les dijimos que el chavo quiso robarle la bolsa a mi hermana. Teníamos testigos: todos los del bar estaban con nosotros. Ese día nos la pasamos a toda madre, los polis nos pasearon y hasta nos invitaron a comer”, concluye Mario, con una risa mordaz que estalla en sus labios.

La noche comienza a cerrarse, inevitable *fade out* que lanza muros de negrura para cerrar el paso a sus transeúntes, poblando la colonia con “puntos rojos”, como se les conoce a las zonas de riesgo en el argot policiaco. La ironía se para el cuello: en la Buena Vista, las calles más peligrosas se encuentran a unos pasos de la delegación. **P**

Equilibrios precarios, intervención urbana en Parque Lira, 2010



De la familia y del sol...

Víctor Cabrera



Amelia Suárez Arriaga,
Medidas extremas,
Universidad de Guadalajara
México, 2010

A pesar de las referencias a poetas contemporáneos vivos como Gerardo Deniz o Tedi López Mills, que aparecen camufladas en sus páginas, *Medidas extremas*, volumen que le mereció a Amelia Suárez Arriaga el Premio Nacional de Cuento Juan José Arreola 2010, parece ceñirse a unos versos de “Pasado en claro”: “Familias, / criaderos de alacranes”. Es esa consigna paceana bajo la cual la autora pareciera haber escrito los relatos que conforman el libro. Y es que en cada uno de los textos, el núcleo familiar —el mito que éste constituye— se revela como un espacio de signo negativo, oprobioso y proclive a la anulación del individuo frente a la maquinaria de “obligaciones” filo-fraternas que lo denotan en tanto sujeto.

Mediante la morosa construcción de ámbitos opresivos, Suárez Arriaga erige cuatro metáforas de esa “institución” tan “nuestra”, que lo mismo da refugio y certezas que constriñe e incluso devora y termina por aniquilar a sus miembros. Poco hay de lo primero y sí bastante de lo otro en las páginas de *Medidas extremas*.

En “Whisky en la garganta”, el lento y confuso relato que abre el volumen, Suárez crea una pesadilla minuciosa en cuyo fondo se advierte la deteriorada relación de un padre y un hijo, el vínculo roto por el resentimiento, la incomunicación nacida de éste y la necesidad de un chivo expiatorio capaz de restablecer aquel lazo roto. Si bien éste no es el más afortunado de los relatos del libro, en él están ya presentes los elementos que definirán el talento angustioso, los caracteres lindantes con la locura y los escenarios abigarrados, asfixiantes, de cada una de estas historias: el encierro (forzoso o voluntario) como *leitmotiv*; la desidia o el franco abandono de los personajes como una forma natural y tolerable de sobrellevar el peso de sus existencias anodinas; el hastío, la neurosis y sus manías como detonantes de tramas intrincadas; el sacrificio de un ente externo, ajeno al entorno familiar, que restaure precaria y momentáneamente un orden previo.

“En blanco y negro”, el segundo de los relatos, es una hábil combinación de historias. Por un lado, en un ambiente de absoluta dejadez anímica, física y moral, el lector

atestigua la renuncia literal de un hombre a su vida (conyugal, profesional, familiar, laboral). Por otra parte, ese mismo personaje, mediante la lectura que del periódico le hace su mujer, se entera de la noticia de dos hermanos sepultados por un alud de papeles y objetos acumulados durante décadas en un departamento neoyorquino del que —como él mismo de su cama— jamás salían. Permeadas por una callada indolencia, por una misma sensación opresiva, una historia complementa sutilmente a la otra para formar una sola pieza resuelta de manera simple y categórica, con la decisión de quien desconecta de una vez por todas un aparato molesto y demandante.

Si gracias al segundo de sus textos *Medidas extremas* logra reponerse de un inicio titubeante e innecesariamente largo, con “Signos de traslado” el libro alcanza su mejor momento. Ahí Suárez Arriaga despliega su pericia narrativa para avanzar a través de lo que podríamos calificar literalmente de “drama familiar”: un argumento lineal y aparentemente simple que revela apenas, como pedía Hemingway, la punta de su témpano funesto. Son los ingredientes de esta historia, Eliseo y Narcia, dos hermanos adultos entrados en sus treinta, desempleados, *ninis* emocionalmente discapacitados que a esas alturas siguen viviendo en el hogar —y del sueldo— materno; la madre, una enfermera neurótica y, como sus vástagos, sentimentalmente inestable, acumuladora de romances frustrantes-ados y de gatos... de muchos gatos que paulatinamente van colmando el espacio vital del malogrado clan; Luis, el nuevo novio de mamá, un tipo inútil y de una edad indefinida entre los cincuenta y los sesenta años, quien a lo largo de las páginas consume su existencia —igual que el personaje del cuento precedente— en eso que los italianos han designado con elegancia como *il dolce far niente*, el simplemente estar, como un objeto más a costillas de su amante. “Signos de traslado” podría leerse como una versión contemporánea de aquella célebre “Casa tomada” de Julio Cortázar, en la que a medida que los felinos se adueñan hasta de los últimos resquicios del hogar, la voluntad de sus habitantes merma hasta convertirse en una pasiva resignación que contrasta con la violencia con que los animales ocupan y defienden su territorio.

Al final, la figura del chivo expiatorio aparece nuevamente sólo para constatar lo que ya el desarrollo de la historia había insinuado: que el sacrificio no representa el restablecimiento de un orden anterior, sino apenas la continuidad del aterrador estado de las cosas en que transcurren las existencias lamentables de sus personajes.

Si advertí la sombra de Cortázar en el tercero de los relatos, en “Medidas extremas”, el cuento que cierra espléndidamente el volumen, la del enorme porteño de Bruselas es ya una presencia más que visible. En él, el narrador-protagonista es atormentado puntualmente por la tía Fede, quien telefona a su sobrino cada madrugada, entre las tres y las cinco de la mañana, para contarle la pesadilla que acaba de tener “pensando que si no lo hace algo terrible le ocurrirá” (como creía el cortazariano Horacio Oliveira que pasaría cada vez que un objeto se le caía al piso si él mismo no lo recogía). Esta costumbre maniaca funciona, a su vez, como detonante de las propias manías de Giacomo, el sobrino-narrador neurótico e hipocondriaco, quien ve cómo paulatinamente su desempeño laboral, sus relaciones afectivas, su salud física y mental, su vida, en fin, se ven trastocadas, trastornadas, por el influjo de su obsesiva tía y de sus íncubos nefastos. Posible lector del “Traspaso de los sueños” de Ramón Gómez de la Serna o espectador de cierto episodio de Bob Esponja en el que el simpático porífero se introduce en los sueños de sus amigos y los modifica, el desvelado Giacomo inventa un método de emergencia onírica para librar a su tía —y a él mismo— de sus noches tormentosas. Si al final el remedio recuerda más a la saga cinematográfica *Pesadilla en la Calle del Infierno* y al inefable Freddy Krueger, se debe al calculado efectismo que Amelia Suárez parece haber aprendido de los remates portentosos del gigante argentino. Suárez Arriaga logra aquí, como querría su maestro, un cierre magistral que gana por K.O.

Con *Medidas extremas*, Amelia Suárez Arriaga ha logrado un estimable debut narrativo que, afinadas sus herramientas cuentísticas y exploradas otras obsesiones temáticas, haría esperar de ella nuevas sorpresas. Ojalá que así sea. 📍

Víctor Cabrera (Arriaga, Chiapas, 1973). Es autor de la *plaquette* *Diez sonetos* (edición de autor, 2004), del volumen de fábulas y minificciones *Episodios célebres* (IMC, 2006), y de los libros de poemas *Signos de traslado* (Juan Pablos/Leer y Escribir, 2007) y *Wide Screen* (Bonobos, 2009). Es, también, compilador del volumen *Una raya más. Ensayos sobre Eduardo Lizalde* (FETA, 2010). Fue becario del programa Jóvenes Creadores, del Fonca, en Poesía. Pertenece al Sistema Nacional de Creadores de Arte. Desde 2004 es editor de la Dirección de Literatura de la UNAM.



